

FRAY MOCHO

342



¡¡VENGANZA!!

Y en tanto los imperios centrales caen aniquilados por la razón, la justicia y el derecho, la heroica Bélgica, al echar de su suelo al cobarde invasor que ultrajó mujeres, asesinó ancianos y mutiló niños, enseña al mundo entero que mientras exista un rey como Alberto y un puñado de hombres como los que le acompañan, no morirá nunca la palabra "amor".



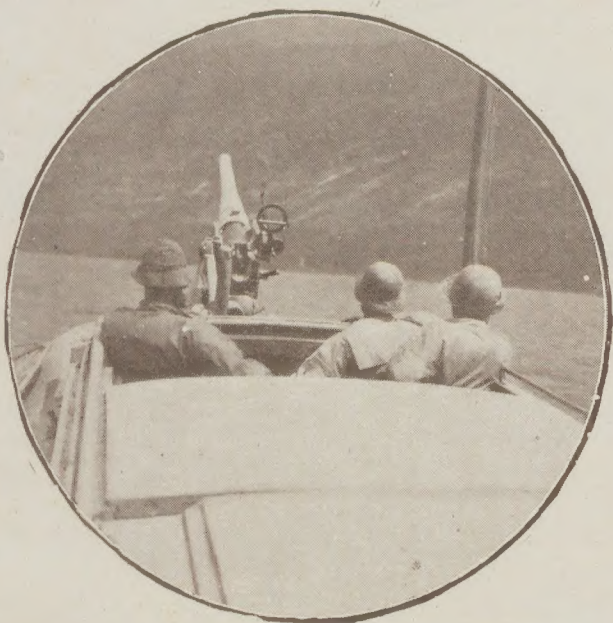
ITALIA EN LA GUERRA



Una batería antiaérea emplazada en el monte Lessini.



A bordo de un "M. A. S.", bote automóvil destinado a la vigilancia en el Lago Garda.



Cañón contra aeroplanos de que están provistas las embarcaciones que patrullan en el Lago Garda, a caza de aviadores enemigos.



Posiciones en la orilla del Piave, delante de Nervesa, conquistadas a los austriacos por las tropas italianas.



El rey, el generalísimo Díaz y el duque de Aosta, presenciando un desfile de tropas del tercer ejército.



Batería automóvil antiaérea lista para entrar en funciones.

FRAY MOCHO

Año VII

Buenos Aires 12 de noviembre de 1918

Núm. 342

Los cortesanos

Quisiéramos conocer cuál es el estado de espíritu de los germanófilos consuetudinarios que se constituyeron en defensores ciegos del kaiser y sus apologistas sin razones. Ahora el mismo pueblo alemán está contra el kaiser. Los germanófilos resultan, pues, antialemanes. No son aliadófilos, ni germanófilos, ni neutrales. Son los secuaces de algo condenado y repudiado por todo el mundo. Y para llegar a ese resultado fueron desleales a las instituciones democráticas, mereced a las cuales viven en libertad, trataron de justificar el crimen, sembraron la duda de la justicia, enaltecieron a un individuo que cualquier código moral declara indigno y ofendieron los sentimientos de la sociedad en que vivían. La glorificación del kaiser no pudo ser, como no es ahora, más que una aberración intelectual y moral. Que tan luego aquí, en la República Argentina, en un ambiente saturado de ideas modernas, haya habido personas que, sin ser alemanes, cometieran esa glorificación, no puede explicarse sino por un momento de mal humor de la naturaleza, uno de esos momentos en que ofrece materiales para el estudio patológico. Desde este punto de vista ha de ser singularmente instructivo el fenómeno que a estas horas presentan, sin duda, esos espíritus. En verdad, no habría razón para hacerles un reproche. Se les debe observar sin más apasionamiento que el científico.

Nuestras tierras

Dicen los diarios que nuestras tierras se valorizan rápidamente, y luego de decirlo nos exponen las razones por las cuales debemos estar contentos. Con eso de nuestras tierras pasa como con la Luna: no podemos ir allí, no sabemos lo que hay dentro, no nos produce ni un centavo de ganancia ni un poco de bienestar; todo lo cual no impide que la llamemos "nuestro" satélite. Las tierras son tan nuestras como la Luna; son de ellos, de unos pocos, y su valorización causará contento a esos pocos, pero no al país. La valorización de las tierras significa que los muchos que las necesitan para trabajarlas, y no para especular con sus precios, no podrán adquirirlas; significa que el pueblo tendrá que pagar más por los productos de esas tierras que necesita para su consumo; significa que el obrero rural ganará menos por su trabajo utilísimo porque tendrá que pagar mayor arrendamiento. La valorización de "nuestras" tierras es perjudicial para nuestros intereses, los intereses verdaderamente nuestros.

Una protesta

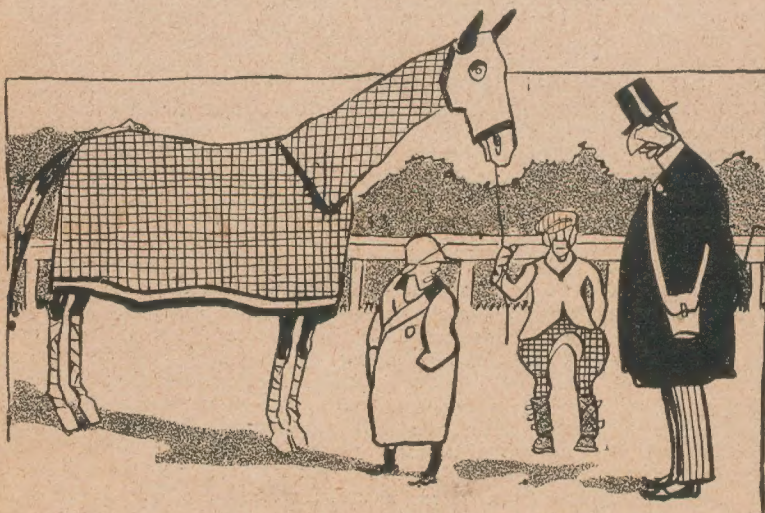
"Señor director: Le agradeceré quiera hacer público que se ha hecho uso indebido de mi nombre en las allocuciones pronunciadas por el señor Guillermo Hohenzollern. No he autorizado a nadie para que haga figurar mi nombre en el directorio de las em-

presas fundadas para devastar a Francia y fusilar gente. Ultimamente he demostrado de una manera práctica y decisiva mi disconformidad con las operaciones prusianas, y deseo insistir por intermedio de la prensa en esta actitud que he adoptado en forma definitiva. Mi elevado cargo me impide complicarme en las intrigas de Potsdam, y puede usted tener la seguridad de que si desciendo de mis importantes ocupaciones será para estar al lado de los que sufren injustamente. A pesar de la campaña sistemática de desprestigio con que me han perjudicado mis propios admiradores, mi viejo corazón conserva inalterables sus sentimientos de justicia y de bondad, y desde ya protes-

ta, fortalecer en las almas el sentimiento de lo justo; poner la ciencia al servicio de la política que promueva el bienestar común de hombres y pueblos, a fin de que para unos y otros imperie la máxima racional y cristiana, de no hacer a los demás lo que no deseáramos que los demás hicieran con nosotros. No es civilizar ni trabajar por la civilización preparar y emplear la fuerza, así hacia el interior como hacia el exterior, para imponerse a otros, para dominar, para poder más en la obra del mal, para matar a otros o sólo deprimidos o humillarlos, para quitarles lo que recibieron de sus antepasados o adquirieron por su trabajo.

Rodolfo RIVAROLA.

LA ABDICACIÓN DE BOTAFOGO



Después de las inexplicables defecciones de Irigoyen — por Plebiscito y Santa Causa, ésta en Evangélica — en los grandes clásicos "Neutralidad Vergonzante" y "Congreso de Neutrales", donde el descendiente de Micheo, según no pocos entendidos, corrió por la "galerie" de Berlín, todos, ¡todos!, volvimos los ojos a Botafogo, el muy noble y guapo hijo de Old Man. Su nombre cruzó las fronteras. Le aclamaron las multitudes. Se le creía invicto "for ever". Mas, también cayó "El", él, que fué grande entre los grandes. Cayó un día 3, como Rozas en Caseros. Cayó el 3 de noviembre. ¿Qué nos queda para exportar en el renglón de las celebridades?... ¡Nada, absolutamente nada! Acaso, a título únicamente de curiosidad, podemos exhibir a von Beiró, denodado campeón de la poda libre, y eso, en laula. Día de luto nacional resultó el primer domingo del mes en curso, ¡día 3, señor presidente!

to enérgicamente contra toda tentativa de incluir mi nombre en empresas que no estén inspiradas por esas dos cualidades, así como contra la de atribuirme determinada nacionalidad, a mí, que soy, esencialmente, "ciudadano del mundo". — El Buen Viejo Dios."

El sentido de la civilización

El sentido de la civilización cambia con los tiempos. No es ya el máximo saber de las ciencias de la naturaleza y del espíritu, de la física, de la química, de la mecánica, de las letras o de la historia; es la aplicación del saber al mayor respeto de la persona, sea individual o colectiva, sea de un hombre o de un pueblo, de un débil o de un fuerte, de un humilde o de un poderoso. Es civilizarse, para un

Lo único que es difícil

¡Vivir! ¡nada más que vivir! es esta la gran dificultad de estas horas. Lo demás resulta fácil. Vivir, por supuesto, teniendo valerosamente tranquilo un ideal en la mente, sin porvenir lleno de asechanzas y de vez en cuando la conciencia de ser feliz. No es mucho pedir. No se quiere riquezas, sino ese pasar sin sobresaltos, sin inquietud constante, sin atagantamiento del bocado, que es clásicamente condición de la vida que tira a la perfección. Pero resulta que en el otro barrio de esta morada común los hombres se están matando y llegan hasta aquí las balas perdidas, y el mismo pensar en esa hecatombe pone en los corazones honrados una amargura intolerable; por eso tenemos la gripe, a quien solemos tratar con cierta irrespetuosidad porque las autoridades dicen que es benigna y la benignidad

nunca es imponente, pero esta visita impertinente, a pesar de su cara bonachona, ha tirado por ahí unas cuantas puñaladas mortales y bien mortales; las subsistencias, que son, como si dijéramos, las herramientas para el trabajo de vivir, multiplican su precio tan atrevidamente que constituyen una prohibición rigurosa de aquel mandamiento que en la primera parte dice: "Creed". En la segunda parte no hay ni que pensar. De yapa, una sección de la población no encuentra trabajo, a no ser el ya mencionado trabajo de vivir, cuyo horario les parece excesivo. Esta desconcertante dificultad de vivir nos hace creer que ha llegado el momento de abdicar del cargo de Rey de la Creación, que no sabemos con qué motivo dieron al hombre, en vista de la absoluta incapacidad para desempeñar las tareas inherentes a ese cargo y aun al otro más modesto de Partícula de la Creación.

El primer tropezón

Don Juan Capurro, nuevo presidente del Departamento Nacional de Higiene, es un antiguo médico de la parroquia de la Concepción. Antiguo radical también. Buen muchacho. Pero en el primer saque de su nuevo cargo pegó debajo de la raya. Y así vimos que el Departamento Nacional de Higiene, el día del estreno del presidente, da a la publicidad una nota que termina diciendo: "la epidemia de influenza decrece rápidamente manteniéndose en su carácter benigno, sin que se haya producido defunciones de ésta o de cualquier otra enfermedad infecciosa en mayores proporciones a las habituales en igual época de años anteriores". Sin embargo, esta noticia no pudo impedir que la gente viera en la puerta de la Chacarita más de veinte coches fúnebres esperando turno, lo que hace muchos años que no se veía; y que en una semana se produjeron 1070 defunciones, cuando quince días antes ese número era de 330. Lo que demuestra que si es fácil decir una mentira, es mucho más fácil descubrirla.

Obrar a destiempo

No otra cosa acaba de hacer el gobierno decretando extemporáneamente la intervención militar de los barcos alemanes anclados en nuestros puertos.

Si semejante resolución se hubiese dictado cuando los submarinos teutones hundieron alevosamente nuestros buques mercantes, es seguro que la actitud del poder ejecutivo, significando entonces la enérgica defensa de la soberanía nacional y la justa reparación de un brutal atropello, hubiera contado con la aprobación y aplauso unánimes del pueblo; pero esperar para romper lanzas en favor de nuestras legítimas reivindicaciones a que la potencia agresora se halle agonizando bajo el peso de las severas sanciones que merecieron sus actos, es, ciertamente, algo que repugna a los sentimientos de nobleza e hidalguía legendarios en nuestra estirpe.

Fuimos, somos y seremos decididos partidarios de la causa de los aliados, pero debemos reconocer que ya que no hicimos frente a los ataques del coloso, cuando se hallaba en la plenitud de su poderío, no podemos ahora, sin mancha de nuestra dignidad, tratar de hacer leña en el árbol caído.

APRENDIZAJE Y HEROISMO

Voy a hablarte del heroísmo en cualquier oficio y del heroísmo en cualquier aprendizaje.

Aquel hombre, hijo mío, que vino a verme esta mañana—¿sabes?, el de la cazadora color de tierra—no es un hombre honesto. A dulce, a fiado, a trabajador, a buen padre de familia, pocos le ganan. Pero este hombre ejerce la profesión de caricaturista en un periódico ilustrado. Esto le da de qué vivir; esto le ocupa las horas de la jornada. Y, sin embargo, él habla siempre con asco de su oficio, y me dice: "¡Si yo pudiera ser pintor! Pero me es indispensable dibujar esas tonterías para comer. ¡No mires los muñecos, chico, no los mires! Comercio puro..." Quiere decir que él cumple únicamente por la ganancia. Y que ha dejado que su espíritu se vaya lejos de la labor que le ocupa las manos, en lugar de llevar a la labor que le ocupa las manos el espíritu. Porque él tiene su faena por vilísima. — Pero dígame, hijo, que si la faena de mi amigo es tan vil, si sus dibujos pueden ser llamados tonterías, la razón está justamente en que él no metió allí su espíritu. Cuando el espíritu en ella reside, no hay faena que no se vuelva noble y santa. Lo es la del caricaturista, como la del carpintero y la del que recoge las basuras y la del que lleva las fajas para repartir un periódico a los suscriptores. Hay "una manera" de dibujar caricaturas, de trabajar la madera y también de limpiar de estiércol las plazas o de escribir direcciones, que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuidado de perfección y armonía, y una pequeña chispa de fuego personal: eso que los artistas llaman "estilo propio", y que no hay obra ni obrita humana en que no pueda florecer. Manera de trabajar que es la buena. La otra, la de menospreciar el oficio, teméndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es mala e inmoral. El visitante de la cazadora color de tierra es, pues, un hombre inmoral, porque no ama su oficio.

Hijo, tú eres un niño aún, pero yo hablo en ti a todas las almas jóvenes que están o han de estar pronto en estudio y en aprendizaje, y mañana en oficio, cargo o dignidad. A todos quiero decir la moral única en el estudio y en el aprendizaje, en el oficio, cargo y dignidad. Además, nunca es tiempo perdido el que se emplea en escuchar con humildad cosas que no se entienden. Estas cosas trabajan los dentro y llega día en que el provecho se encuentra... Está, pues, quieto. Deja, niño, tus manos descansar en las mías. Mira, con ojos extrañados, salir de mi boca las palabras, con un movimiento de labios y de dientes. — La palabra "espíritu" te la he de repetir mucho. Y tú me preguntarás, tal vez, qué cosa sea. Tú no lo puedes saber de fijo, y creo que yo tampoco. Pero bien está que hablemos de ello siempre, que, si nosotros no lo entendemos, él, el espíritu, a nosotros sí nos entiende y nos da mejor disposición a entendernos los unos a los otros, y, por consiguiente, a hacernos mejores.

Te digo, pues, que mi visitante el caricaturista es hombre inmoral, porque no pone espíritu en su faena. Tampoco es lo bastante honesto aquel otro señor, el de las gafas, que sabe contar cuentos tan lindos y que viene a tomar el té algún domingo por la tarde. Ese trabaja en un diario; es periodista. Y también habla de su profesión como un presidiario de su condena: "No se puede hacer litera-

PARADA



— ¡Ah! ¿pones tu portamonedas debajo de la almohada? ¿Desconfías de mí?
— No; es que me gusta dormir con la cabeza alta.

tura allí... ¡Ah, la literatura!... ¡Pobre de mí, que he tenido que abandonar la literatura! Si, pobre de él, pero no por lo que él cree. Pobre, porque no sabe unir su amor a la literatura con el trabajo que cumple. Se queja porque tiene que redactar esas notas cortas sobre acontecimientos vulgares, que llamamos gaceticillas. Pero ¿quién le impide redactar las gaceticillas con belleza? Belleza no quiere decir ornamento, sino armonía y adecuación delicada de la cosa a su destino. Una gaceticilla puede ser bella como puede serlo un trabajo de carpintería, y una faja de periódico bien llena, y una recogida de basuras llevada a cabo con perfección y encendido gusto por la limpieza que así se obtiene. Si este amigo nuestro redactase las gaceticillas con perfección y gusto por el resultado, insensiblemente transformaría su faena y la tornaría en bien alta.

Yo sé de otro periodista que está orgulloso, y con razón, de haberlo cumplido así, con un trabajo cotidiano y humilde que le fué encargado en sus comienzos. Para entrar a trabajar en los diarios, cuando aún era mozo, aceptó la carga de una sección tenida hasta entonces en gran baja. Su misión era la de redactar notas cortas, de las que sirven para divertir al lector del negocio, reposándole de las cuestiones serias y de las preocupaciones del día, con la narración—bajo el título de "Sección amena", "De aquí y de allá", "Curiosidades" u otro por el estilo—de

cositas ligeras y grotescas: del caso del mentecato que anda con la cabeza, de los divorcios cómicos o de las apuestas imbéciles en los Estados Unidos, y otros asuntos de la misma entidad. Pero ese escritor que te digo tomó sobre sí la carga con alegría. Procuró llevar al oficio espíritu y amor. No lo tuvo por vil, sino por redimible, si voluntad y paciencia a ello se ponían. No se avergonzó, mas aspiró al elogio por camino de aquél. Espíritu y amor no tardaron demasiado tiempo en cumplir el milagro que se solicitaba: secretamente, por un insensible cambio, el linaje de la labor se transformó. Hoy está desconocida, siendo la misma, sin embargo. Los que no recuerdan su obscuro origen la tienen por un género nuevo. Hoy, el trabajo en los periódicos, del escritor que te digo, es temido por los unos en bien, por los otros en mal; mas por todos, como trabajo de Filosofía, que es la más elevada y difícil de las actividades intelectuales.—Pero yo te digo que cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada.

Cualquier trabajador puede tener por patrón a Bernardo Palissy, el gran artesano. Este es quien mejor

llegó a la grandeza, y llegó a las más elevadas maneras de ser que se alcanzan en el mundo: magnífico artista, sabio inventor, maestro de ciencia, escritor de nombradía, hombre de sociedad, a su manera, y aun de sociedad cortesana y selectísima, y héroe de la vida religiosa, ejemplo y espejo de conciencias, sin dejar nunca de ser artesano—pero precisamente por serlo siempre y por haber realizado bellas invenciones dentro de su oficio, y llevado el mismo a una perfección soberana. El no mudó de menester más que lo necesario para pasar de artesano en vidrios de color, que fué en sus comienzos, a artesano de la cerámica, que fué más tarde, y que continuó siendo toda su vida. Pero, puesto en menester de ceramista, se elevó del trabajo de la fayenza al de la porcelana. Y volvió a encontrar el secreto de las pastas más finas y gentiles, secreto que habían poseído los chinos y se había perdido más tarde. Trabajaba en un horno para cocer sus tierras, y allí, siempre buscando, siempre buscando, encontró al fin. Como no conocía otro afán que el de esas invenciones, tuvieron sus vecinos por orate acabado. Un día, como practicara una de sus cocciones, quemó el techo de la casa. El y los suyos pasaron por largos años de miseria. Triunfó por fin: fabricó las pastas más bellas que jamás hubiesen visto ojos de hombre en tierras de Occidente. Entonces fué cuando aun, de inventor, subió a artista. Dió vida, en las materias por él mismo inventadas, a mil perfectas obras de arte. Las decoraba con las figuras de los animalillos más variados: caracoles, lagartos, peces coloreados que lucían en maravillosos reflejos. Para cumplir este trabajo, el artista quiso ser más aún: quiso ser sabio, y estudió aplicadamente la naturaleza y las ciencias de la naturaleza. Y después fué, además, escritor, porque redactó en forma sabrosa las reglas de su arte y su proyecto de embellecimiento de jardines y los recuerdos de su vida. Y a los cabos de ésta se hundió en la Biblia, y, como era tiempo de luchas religiosas en Francia, Bernardo Palissy fué perseguido por su fe y le encerraron en un castillo, y así, por su fe, fué martir. Como desde hacía algún tiempo frecuentaba la Corte y el rey le tenía cariño, acudió éste a visitarlo en la prisión, y parece (y esto lo dice, si no la historia, la buena leyenda) que le ofrecía la libertad a precio de una abjuración, aunque sólo fuese aparente, de su creencia. La contestación de Palissy fué digna de su perfecta conciencia de artesano. Rehusó altivamente. Porque había trabajado su conciencia como una de sus obras de arte. Y no por dinero las hacía, sino por amor a su oficio, y a la perfección de su oficio y a los resultados de su oficio.

Hay unos bárbaros modernos que han inventado, para arma de sus luchas, el estropear con intención, o hacer incompleta, o voluntariamente inferior la obra que componen las propias manos. Esto es lo que se llama "sabotaje", que en castellano se diría "zuecazo", para evocar la imagen de hombres que destruyen a golpe de zueco las más delicadas fábricas de mano de trabajador. Estos hombres son malvados y el zuecazo una gran blasfemia. Porque el hombre jamás tiene completo derecho sobre la obra que hace. El derecho de ella es superior al de él. Y así, el deber del hombre está en sacrificarse por su obra, y jamás sacrificarla a otros fines...

Contra ese mal moderno, válganos el ejemplo y el patronaje de Bernardo Palissy. El ejemplo y el patronaje de Palissy pueden darnos a todos la lección esencial de llevar amor y espíritu al propio oficio, para darle así dignidad más alta... —Y a ti, hijo mío, porque me escuchaste tan reposadamente; porque no separaste de las mías tus manos, y porque has



"A LOS MANDARINES"

DEBEN SU ÉXITO POR SUS CALIDADES

Casa Principal: SAN JUAN 2164

Unión Telef. 1437, B. Orden — Coop. Telef. 222, Sud

SUCURSALES:

Santa Fe 1886
B. Irigoyen 1117
Cangallo 963
Entre Ríos 732
Rivadavia 1456
Viamonte 1666
Laprida 200 (L. de Zamora)

Rivadavia 1992
Rivadavia 7023
Corrientes 4216
Santa Fe 4521
Cabildo 3490
Brasil 1160
Rivadavia 5344



El surtido de telas de verano recibido, comprende magníficas colecciones de sedas novedosas y "voiles" de originales estilos. — Las señoras, que saben de nuestros surtidos suntuosos, deben en esta ocasión visitar el Anexo para percatarse personalmente, de las maravillosas telas creadas en los perfeccionados telares franceses y que nuestros compradores nos han enviado, seleccionando los gustos que mas se adaptan a la elegancia de nuestro medio.

The South American Stores
Gath & Chaves Ltd
 Anexo: Av. de Mayo,
 Perú y Rivadavia...
 Casa Central:
 Florida y Cangallo.

LOS MOLDES "VOGUE" son la expresión más artística de la moda imperante. — Las señoras, si desean que su "toilette" esté dentro de los dictados de la moda actual, deben asegurarse el concurso de los moldes "Vogue".

Se venden en el Anexo de Gath y Chaves únicamente.



mirado, con un poco de extrañeza nada más, salir las palabras de mi boca; ahora que se acerca Navidad, y se alegra nuestra ciudad con la llegada de la feria de Santa Lucía, yo te compraré una pequeña obra de artesano humilde, una de esas primitivas figuras de Nacimiento que allí se mercan. Habrá en ella unas ocas y un puerco, y un leñador con su gorró, y una viejecilla sentada, hilando la rueca. No tendremos en ella una obra de arte de la tierra, de perfección comparable a las de Bernardo Palissy. Pero su desconocido autor acaso sea un enamorado y un enternecido por la propia faena. Y, por consiguiente, un hombre más honesto que nuestro visitante el caricaturista de la cazadora color de tierra y que nuestro visitante el periodista de las antiparras.

Eugenio D'ORS.

El testamento del tuerto de Rettorgole

(Cuento italiano)

La historia que va a continuación me fué referida por mi amigo M.

“En 1872,—dijome—era yo pasante en la escribanía del notario X., de Vincenza.

Una mañana de agosto, a eso de las diez, llegó al estudio un labriego de Rettorgole, y le pidió al notario que tuviera la bondad de ir con él a recoger las últimas disposiciones de su padre, que estaba, según dijo “mal de muerte”. Quiso el notario que yo le acompañase, y partimos los tres, amontonados en un misero birlochin sin cojines, saltando al trote desgonzado de un viejo rocín, sobre un asiento bastante duro para dos notarios flacos y acostumbrados a dos sillones excelentes. Mi principal había puesto cara larga, y refunfuñaba maldiciones a cada paso; yo también iba rabioso; el labriego impertérrito, nos describía los síntomas de la enfermedad de su padre, un tal Mateo Cucco, apellidado el Tuerto de Rettorgole, porque no tenía más que un ojo.

—Y ve más el señor con ese solo ojo—observó el afligido y respetuoso hijo—que lo que nosotros tres con seis.

No nos habíamos alejado mucho de la ciudad, cuando abandonamos el camino real, y nos metimos en el pantano seco de un camino que se internaba en los campos y en el que el birlochin saltaba más que nunca. Por suerte llegamos pronto a nuestro destino: una miserable casucha parte plantada en una hedionda loma (el chiquero y las habitaciones de la gente); y la otra, apoyada a un pajar y a un galpón ventilado y seco.

El notario y yo estábamos por entrar a la cocina, pero nuestro conductor nos advirtió que el enfermo no estaba en la casa. El calor y la hediondez de su cuarto eran tales que se habían visto obligados a transportarlo al pajar.

Así es que se hacía necesario subir al pajar por el galpón, y por intermedio de una mala y tosca escalera de mano.

El notario se puso furioso. Vociferaba que nunca le había sucedido un caso igual, y que jamás subiría por aquella escalerilla. Y quería volverse a la ciudad.

Entretanto, el labriego sostenía la escalera, repitiendo que era muy sólida y segura; y desde el pajar, otro individuo por el mismo estilo, que había acudido a la grito, la tenía aferrada por la parte superior, y

TOME NOTA, “DER GROSSE” HIPOLITO



Ha habido en el Japón últimamente acaparadores de arroz, como en nuestro país, pero allí intervino el gobierno e hizo cesar la especulación perjudicial para el pueblo. En la fotografía aparece uno de los grandes especuladores, llamado Masada, en momentos en que recibe una orden del gobierno que le manda suspender toda clase de operación comercial.

Inmediatamente Se Caen Los Callos



CUANDO tenga Vd. que andar sobre las orillas de sus zapatos para evitar el terrible dolor de callos, no hay más que una cosa que hacer, indicada por el sentido mundial. Ponga inmediatamente dos o tres gotas de “GETS-IT” sobre el callo. Desaparecen el dolor y la inflamación, comenzando a encoger el callo desde el mismo instante, aflojándose y cayendo después.

No hay ningún otro mata-callos en el mundo que actúe como “GETS-IT.” No se ha hecho ningún nuevo descubrimiento en tal sentido desde que apareció “GETS-IT.” En venta en la farmacia más próxima donde Vd. se encuentre.

Concesionarios en la República Argentina:

MENDEL & CIA., Calle Bolívar 879, Buenos Aires

En Montevideo: Publicidad, Calle J. C. Gomez, 1386.

En Asunción (Paraguay): G. Peroni, Benjamín Constant esq. Ayola.

¿QUÉ LE PARECE, VON CALIXTO DE OYUELA Y CAMBOADOS?



(El gobierno alemán ha requisado las ropas usadas para distribuir las a los particulares a medida que las necesitan.)
—Fíjate qué corte se da ese. ¡Todo porque lleva un sobretodo viejo de Bethmann-Hollweg!

cooperaba también con la voz a entusiasmarlos:

—¡Suba, señor! ¡No tenga miedo, señor! ¡Es segura, señor!

Yo que odio la gimnástica y el alpinismo, no miraba tampoco con muy buenos ojos aquella ascensión aérea; pero un poco de conciencia del propio deber, combinado con otro poco de curiosidad y un vago deseo de referir después a otros la aventura, me vencieron por fin. Subí pues, con grandes precauciones, y cuando me hallé en seguro logré persuadir al notario de que debía de hacer lo mismo.

Una vez arriba era cuestión de fijarse dónde se colocaba los pies para no hundir el piso y caer abajo.

Dentro había un sucio y miserable jergón, sobre el que se hallaba tendido un viejo calvo, arrugado, de rostro huesoso y lívido, con un ojo cerrado y otro semiextinto.

Respiraba con dificultad; pero, sin sin embargo, no parecía agonizante. Dos hombres estaban a su lado: uno a la derecha y a la izquierda el otro; dos caras rasas, flacas, astutas. El primero tenía en las manos una rama y le espantaba con ella las moscas; y el segundo le iba colocando en la boca desdentada migas de pan duro y pedacitos de queso.

—Coma, tata,—decíale—coma, tata.

Algo más apartada, y sentada sobre el heno, veíase una vieja con el rostro inclinado y oculto entre las manos.

En otro lado, algunos labriegos, llamados evidentemente para servir de testigos, charlaban en voz baja.

No faltaban ni la mesa, ni el tintero, ni la silla.

En seguida que llegamos nos dijeron que el enfermo se había confesado el día antes; que no hablaba ya, pero que oía y comprendía todo y podía darse a entender por señas.

El notario, en tales condiciones no quiso extender el testamento.

Tentaron entonces darle una prueba evidente de que el hombre podía testar.

—¡Tata!—gritó inclinado sobre el moribundo el individuo que le estaba suministrando el pan y el queso,—¿me deja el cerdo a mí?

El viejo indicó que no con la cabeza.

—¿Se lo deja entonces a Tita?

El viejo indicó que sí.

—Y el terreno de Polegge, ¿a quién se lo deja?

El viejo miró al hombre que había ido a basearnos.

—¿A Gigio, no es verdad?

El viejo volvió a indicar que sí.

—Ya lo ve, señor, lo entiende todo—concluyó no sin razón el interrogador, dirigiéndose al notario.

X., quiso saber todavía la opinión de la mujer del enfermo, la vieja que lloraba acurrucada sobre el heno. Esta entonces, como si le hubieran dado cuerda, corroboró que Mateo estaba en pleno uso de sus facultades, y que apenas haría media hora se había hecho comprender, que no quería, contra la opinión del veterinario, dejar sangrar un buey. Y agregó que con respecto al testamento hacía mucho tiempo que conocía las intenciones de su marido. Y dijo lo último con gran agitación y muy emocionada. Parecía una buena mujer; a nadie se le hubiera ocurrido pensar en que pudiese engañar al notario.

En consecuencia, éste le pidió las informaciones oportunas sobre la herencia y los herederos legítimos. No había más que tres hijos varones, y se hallaban presentes. El patrimonio, muy superior a cuanto se podía imaginar por aquellas apariencias, abrazaba una veintena de hectáreas de buen terreno, parte en Polegge y parte en Rettorgole, otra casa en Bertessinella, muchos animales, y muchos frutos que no se habían vendido aún.

Todo lo que dijo la vieja fué confirmado por los hijos y los testigos.

Sozodont

culas entre los dientes y bajo las encías por el calor natural de la boca pronto se formando depósitos acidicos que destruyen la del dentífico Sozodont es admirable in- de comer, pues desprende toda materia ble a descomposición, penetrando las es — Al mismo tiempo neutraliza toda dejando un gusto refrescante e indicativo en la boca.

De cincuenta años ha probado ser antiséptico de delicioso limpia, purifica, conserva y embellece la dentadura — el general

QUIDO, POLVOS o PASTA

De venta en las farmacias y perfumerías

RUCKEL, Fabricantes, 215 Washington St., New York. E. U. A.

le sugi- on suma- or cuotas. ujer, los aban' que era asig- y deter- de sus base a un eció rapé una son- tancia de tificación anquilizó la cues- tas y la

pra han sido muy perros conmigo, pero usted? ¿Qué cosa soy para usted? ¿No soy de su sangre, ya que me quiere traicionar también? ¿Qué cosa puede decir de mí? ¿Qué puede decir de mi marido?

—¡Basta, basta, basta!—gritó X. haciendo pedazos el testamento. — ¡Avergüencense ustedes! Y al que abra el pico lo hago mandar a presidio.

Los testigos estaban lívidos de espanto, lívidos de rabia; los hijos y la madre y la hija se miraban a la cara con aire de amenaza; pero ninguno de ellos se atrevió a pronunciar una palabra, mientras que X, furioso seguía haciendo trizas el pliego de papel.

De pronto se movió la joven, y sin que nadie se atreviese a estorbarla el paso, fué junto al moribundo y le colocó al lado su pequeñuelo.

—Padre—gritó reciamente,—si quiere usted que me muera de hambre, moriré; pero déjele siquiera una tajada de polenta a este niño!

El viejo, no pudiendo hacer otra seña hostil, cerró el único ojo que tenía.

No olvidaré jamás aquella almohada con las dos cabezas; la rubia cabecita del chico que blanco como la leche sonreía con sus ojos azules a la madre, y la cabeza calva del empede-

al viejo moribundo y yo a escribir bajo su dictado.

Así, a fuerza de interrogaciones y de signos, las casas, los campos, los breyes, el rocín, el cerdo y hasta el infame birlochin pasaron por mi pluma a beneficio de Gigio, Tita y Checco, los tres hijos del testador.

—Y a su mujer?—le gritó X.— ¿No quiere dejarle alguna cosa a su mujer?

El viejo hizo seña de que no; y todos, incluso la misma mujer, declararon que esa había sido su determinada voluntad.

—Bueno—refunfuó X,—está previsto por la ley, y haremos como esté dispuesto en ella.

—Señor—dijo la vieja estoica,—yo no quiero que me toque nada. Ya he padecido hambre antes; bien la puedo padecer después.

Mi principal no la hizo caso, y se preparó para leer el testamento en alta voz. Le cedí mi puesto para el caso, y mientras él leía, púseme yo a mirar un lindo y soberbio gallo que había saltado al borde del pajar desde el galpón.

Oí un rumor, me di vuelta y me encontré en frente de una moza campesina con un chico de meses en los brazos, encendida, desmelenada, jadeante.

—¿Qué hace usted acá?—me preguntó clavándome los ojos fulgurantes.—¿Asesinarme a mí y a mi criatura?...

Prodújose una agitación general; la vieja se puso de pie, y sus hijos se arrojaron sobre la recién llegada.

Entonces levantóse también el notario, e intimó que nadie se moviera.

—¿Quién es esta mujer?—interrogó imperiosamente.

La madre fué quien contestó:

—Le dire, señor, quién es. Es hija nuestra ¿entiende? Pero a ella ¿entiende? no le toca nada, no, no le toca. Su padre le ha dado ya la demasia; ¡ya lo creó! No sólo...

—También usted, madre!—interrumpió amargamente la joven. Pase que lo hagan mis hermanos que siem-

nido viejo, ya obscurecida por la sombra de la muerte.

La siniestra idea de que la Potencia de las Tinieblas posaba sobre aquella almohada y estaba en vía de llevar para sí una de las dos almas me hizo estremecer.

El notario también contemplaba atónito lo que me parecía un contraste monstruoso.

En aquel momento llegó el cura, un buen hombre sencillez a quien conozco.

Vió el niño sobre el lecho, interpretó mal las cosas, y se le alegró el rostro.

—¡Oh, muy bien, muy bien!—dijo.— ¡Alabado sea Dios!

El niño echó a llorar y su madre hizo ademán de volverlo a tomar en brazos.

Pero el padre Roque no se lo permitió.

—Deje, deje—díjole tomando el pulso al enfermo.—Déjelo morir con un angelito al lado. Lo que es ahora se nos va. Y se puso a recitar las oraciones de los agonizantes.

X, poco amigo de los espectáculos tristes, prefirió la mala escalerilla del galpón. Como nadie se movió para acompañarle, fuerza me fué seguirle; pero antes de regresar a pie con él volví un momento arriba, a satisfacer mi curiosidad. Hijos y testigos habían desaparecido, no sé por dónde. La joven madre, había vuelto a cargar el pequeño que lloraba, y no se ocupaba sino de hacerlo callar a fuerza de besos y caricias, como si él tan sólo mereciese su atención. La vieja, consecuente hasta lo último al hombre cuyas pasiones había compartido y servido con una especie de fidelidad salvaje, rezaba arrodillada junto al lecho.

Atravesando poco después los sembrados de lozanos y lucientes maizales, los prados floridos, por medio de empalizadas ligadas por festones de pámpanos, entre los que ya negreaban los racimos, preguntábame por qué causa tanta inocente belleza de la naturaleza, tanta exuberancia de vida, tanta bendición de frutos, servían de alimento en el corazón humano a repugnantes codicias y a odios execrables.

—La verdad que no me lo explico, terminó diciendo el amigo M.

Kachito



KACHITO vino de posire, TRAPICHE vinos de mesa, existen en todos los buenos almacenes.

Exíjales y obtendrá los mejores productos nacionales.

BÓDEGAS

TRAPICHE

FLORIDA 771

BENEGAS H^{nos}. & C^{ia}.

Tiene que existir algún error en el sistema que han ideado los hombres para servirse de tantas gracias de Dios.

—Mucho me lo temo también yo,—repúsele. Y creo que todo estriba en un vicio radical de egoísmo. Pero, dejemos proceder al Señor del mundo y de los hombres, que bien sabrá hallarle remedio.

Antonio FOGAZZARO.

Football



Team Jorge Nowbery, vencedor del match realizado en Tandil y en el cual se disputó el premio "López Osornio".

mirado, con un poco de extrañeza na-
da más, salir las palabras d
ca; ahora que se acerca N
se alegra nuestra ciudad co
gada de la feria de Santa
te compraré una pequeña ob
tesano humilde, una de es
tivas figuras de Nacimiento
se mercan. Habrá en ella
y un puerco, y un leñador e
rro, y una viejecilla sentada
la rueca. No tendremos en
obra de arte de la tierra, d
ción comparable a las de
Palissy. Pero su desconoci
acaso sea un enamorado y
necido por la propia faena
consiguiente, un hombre más honesto
que nuestro visitante el caricaturista
de la cazadora color de tierra y que
nuestro visitante el periodista de las
antiparras.

Eugenio D'ORS.

El testamento del tuerto de Rettorgole

(Cuento italiano)

La historia que va a continuación
me fué referida por mi amigo M.

“En 1872,—díjome—era yo pasan-
te en la escribanía del notario X., de
Vincenza.

Una mañana de agosto, a eso de
las diez, llegó al estudio un labriego
de Rettorgole, y le pidió al notario
que tuviera la bondad de ir con él a
recoger las últimas disposiciones de
su padre, que estaba, según dijo “mal
de muerte”. Quiso el notario que yo le
acompañase, y partimos los tres,
amontonados en un misero birlochin
sin cojines, saltando al trote desgon-
zado de un viejo rocín, sobre un
asiento bastante duro para dos nota-
rios flacos y acostumbrados a dos si-
llones excelentes. Mi principal había
puesto cara larga, y refunfuñaba mal-
diciones a cada paso; yo también iba
rabioso; el labriego impertérrito, nos
describía los síntomas de la enferme-
dad de su padre, un tal Mateo Cue-
co, apellidado el Tuerto de Rettor-
gole, porque no tenía más que un ojo.

—Y ve más el señor con ese solo
ojo—observó el afligido y respetuoso
hijo—que lo que nosotros tres con
seis.

No nos habíamos alejado mucho de
la ciudad, cuando abandonamos el ca-
mino real, y nos metimos en el pan-
tano seco de un camino que se inter-
naba en los campos y en el que el
birlochin saltaba más que nunca. Por
suerte llegamos pronto a nuestro des-
tino: una miserable casucha parte
plantada en una hedionda loma (el
chiquero y las habitaciones de la
gente); y la otra apoyada a un pajar
y a un galpón ventilado y seco.

El notario y yo estábamos por en-
trar a la cocina, pero nuestro con-
ductor nos advirtió que el enfermo
no estaba en la casa. El calor y la
hodondez de su cuarto eran tales que
se habían visto obligados a transpor-
tarlo al pajar.

Así es que se hacía necesario subir
al pajar por el galpón, y por inter-
medio de una mala y tosea escalera
de mano.

El notario se puso furioso. Vocife-
raba que nunca le había sucedido un
caso igual, y que jamás subiría por
aquella escalerilla. Y quería volverse
a la ciudad.

Entretanto, el labriego sostenía la
escalera, repitiendo que era muy só-
lida y segura; y desde el pajar, otro
individuo por el mismo estilo, que
había acudido a la grito, la tenía
aferrada por la parte superior, y

A 86
4465

Rodríguez Olivera, Nuri

[1986

Nuri Rodríguez Olivera, Pablo Varela Artaga-
veytia. Comentarios a la Ley de refinanciación
del endeudamiento interno. -- (Montevideo: Ed.
de la Plaza 1986.) 144 S. mit gef. Bl. 8



Ha habido en el Japón últimamente acaparadores de arroz, como en nuestro país, pero allí intervino el gobierno e hizo cesar la especulación perjudicial para el pueblo. En la fotografía aparece uno de los grandes especuladores, llamado Masada, en momentos en que recibe una orden del gobierno que le manda suspender toda clase de operación comercial.

Inmediatamente Se Caen Los Callos



CUANDO tenga Vd. que
andar sobre las orillas de
sus zapatos para evitar el
terrible dolor de callos, no
hay más que una cosa que hacer,
indicada por el sentido mundial.
Ponga inmediatamente dos o tres
gotas de “GETS-IT” sobre el callo.
Desaparecen el dolor y la inflama-
ción, comenzando a encoger el
callo desde el mismo instante,
aflojándose y cayendo después.

No hay ningún otro mata-
callos en el mundo que actúe como
“GETS-IT.” No se ha hecho
ningún nuevo descubrimiento en
tal sentido desde que apareció
“GETS-IT.” En venta en la farma-
cia más próxima donde Vd. se
encuentre.

Concesionarios en la República Argentina:

MENDEL & CIA., Calle Bolívar 879, Buenos Aires

En Montevideo: Publicidad, Calle J. C. Gomez, 1386.

En Asunción (Paraguay): G. Peroni, Benjamín Constant esq. Ayola.

¿QUÉ LE PARECE, VON CALIXTO DE OYUELA Y CAMBOADOS?



(El gobierno alemán ha requisado las ropas usadas para distribuir las a los
particulares a medida que las necesitan.)
—Fíjate qué corte se da ese. ¡Todo porque lleva un sobretodo viejo de
Bethmann-Hollweg!

cooperaba también con la voz a en-

¡No tenga miedo,
señor!

gimnástica y el alpi-
a tampoco con muy
ella ascensión aérea;
conciencia del pro-
inado con otro poco
un vago deseo de re-
otros la aventura, me
fin. Subí pues, con
iones, y cuando me
logré persuadir al no-
ta de hacer lo mismo.
a era cuestión de fi-
olocaba los pies para
y caer abajo.

Dentro había un sucio y miserable
jergón, sobre el que se hallaba ten-
dido un viejo calvo, arrugado, de ros-
tro huesoso y lívido, con un ojo ce-
rrado y otro semiextinto.

Respiraba con dificultad; pero, sin
sin embargo, no parecía agonizante.
Dos hombres estaban a su lado: uno
a la derecha y a la izquierda el otro;
dos caras rasas, flacas, astutas. El
primero tenía en las manos una rama
y le espantaba con ella las moscas;
y el segundo le iba colocando en la
boca desdentada migas de pan duro
y pedacitos de queso.

—Coma, tata,—decíale—coma, tata.

Algo más apartada, y sentada so-
bre el heno, veíase una vieja con el
rostro inclinado y oculto entre las
manos.

En otro lado, algunos labriegos, la-
mados evidentemente para servir de
testigos, charlaban en voz baja.

No faltaban ni la mesa, ni el tün-
tero, ni la silla.

En seguida que llegamos nos dije-
ron que el enfermo se había confesado
el día antes; que no hablaba ya, pero
que oía y comprendía todo y podía
darse a entender por señas.

El notario, en tales condiciones no
quiso extender el testamento.

Tentaron entonces darle una prue-
ba evidente de que el hombre podía
testar.

—¡Tata!—gritó inclinado sobre el
moribundo el individuo que le estaba
suministrando el pan y el queso,—
¿me deja el cerdo a mí?

El viejo indicó que no con la ca-
beza.

—¿Se lo deja entonces a Tata?

El viejo indicó que sí.

—Y el terreno de Pologge, ¿a quién
se lo deja?

El viejo miró al hombre que había
ido a buscarnos.

—¿A Gigio, no es verdad?

El viejo volvió a indicar que sí.

—Ya lo ve, señor, lo entiende todo
—concluyó no sin razón el interroga-
dor, dirigiéndose al notario.

X, quiso saber todavía la opinión
de la mujer del enfermo, la vieja que
lloraba acurrucada sobre el heno.
Esta entonces, como si le hubieran
dado cuerda, corroboró que Mateo es-
taba en pleno uso de sus facultades,
y que apenas haría media hora se ha-
bía hecho comprender, que no quería,
contra la opinión del veterinario, de-
jar sangrar un buey. Y agregó que
con respecto al testamento hacía mu-
cho tiempo que conocía las intencio-
nes de su marido. Y dijo lo último con
gran agitación y muy emocionada.
Parecía una buena mujer; a nadie se
le hubiera ocurrido pensar en que pu-
diese engañar al notario.

En consecuencia, éste le pidió las
informaciones oportunas sobre la he-
rencia y los herederos legítimos. No
había más que tres hijos varones, y
se hallaban presentes. El patrimonio,
muy superior a cuanto se podía ima-
ginar por aquellas apariencias, abra-
zaba una veintena de hectáreas de
buen terreno, parte en Pologge y par-
te en Rettorgole, otra casa en Ber-
tesinella, muchos animales, y muchos
frutos que no se habían vendido aún.

Todo lo que dijo la vieja fué con-
firmado por los hijos y los testigos.

**DESPUÉS
DE CADA
COMIDA**

Sozodont

quedan siempre partículas entre los dientes y bajo las encías las cuales, afectadas por el calor natural de la boca pronto se descomponen produciendo depósitos acidicos que destruyen la dentadura. El uso del dentífrico Sozodont es admirable inmediatamente después de comer, pues desprende toda materia



susceptible a descomposición, penetrando las cavidades — Al mismo tiempo neutraliza toda acidez, dejando un gusto refrescante e indicativo de aseo en la boca.

Por más de cincuenta años ha probado ser antiséptico de delicioso sabor, que limpia, purifica, conserva y embellece la dentadura — el preferido general.

LÍQUIDO, POLVOS o PASTA
Disponible en las farmacias y perfumerías

HALL & RUCKEL, Fabricantes, 215 Washington St., New York. E. U. A.

El notario deseaba que se le sugiriese al viejo una disposición sumaria, a lo menos un reparto por cuotas.

Pero no fué posible. La mujer, los hijos y los testigos aseguraban que la voluntad fija del hombre era asignar específicamente ciertas y determinadas cosas a cada uno de sus hijos.

Entre los testimonios notábase a un viejito algo educado que ofreció rapé al notario, y hablándole, con una sonrisa de lástima por la ignorancia de los demás labriegos y de satisfacción por su propia sabiduría, lo tranquilizó antes que se hubiese tratado la cuestión con respecto a las cuotas y la legítima.

—Mateo es muy vivo,—dijole.

Entonces X. comenzó a interrogar al viejo moribundo y yo a escribir bajo su dictado.

Así, a fuerza de interrogaciones y de signos, las casas, los campos, los bueyes, el rocín, el cerdo y hasta el infame birlochin pasaron por mi pluma a beneficio de Gigio, Tita y Checco, los tres hijos del testador.

—Y a su mujer?—le gritó X.—¿No quiere dejarle alguna cosa a su mujer?

El viejo hizo seña de que no; y todos, incluso la misma mujer, declararon que esa había sido su determinada voluntad.

—Bueno—refunfuñó X.—está previsto por la ley, y haremos como esté dispuesto en ella.

—Señor—dijo la vieja estoica,—yo no quiero que me toque nada. Ya he padecido hambre antes; bien la puedo padecer después.

Mi principal no la hizo caso, y se preparó para leer el testamento en alta voz. Le cedí mi puesto para el caso, y mientras él leía, puse yo a mirar un lindo y soberbio gallo que había saltado al borde del pajar desde el galpón.

Oí un rumor, me di vuelta y me encontré en frente de una moza campesina con un chico de meses en los brazos, encendida, desmelenada, jadeante.

—¿Qué hace usted acá?—me preguntó clavándome los ojos fulgurantes.—¿Asesinar a mí y a mi criatura?...

Produjose una agitación general; la vieja se puso de pie, y sus hijos se arrojaron sobre la recién llegada.

Entonces levantóse también el notario, e intimó que nadie se moviera.

—¿Quién es esta mujer?—interrogó imperiosamente.

La madre fué quien contestó:

—Le dire, señor, quién es. Es hija nuestra ¿entiende? Pero a ella ¿entiende? no le toca nada, no, no le toca. Su padre le ha dado ya la demasia; ¡ya lo creo! No sólo...

—¡También usted, madre!—interrumpió amargamente la joven. Pase que lo hagan mis hermanos que siem-

pre han sido muy perros conmigo, ¿pero usted? ¿Qué cosa soy para usted? ¿No soy de su sangre, ya que me quiere traicionar también? ¿Qué cosa pueda decir de mí? ¿Qué puede decir de mi marido?

—¡Basta, basta, basta!—gritó X. haciendo pedazos el testamento.—¡Avergüencense ustedes! Y al que abra el pico lo hago mandar a presidio.

Los testigos estaban lívidos de espanto, lívidos de rabia; los hijos y la madre y la hija se miraban a la cara con aire de amenaza; pero ninguno de ellos se atrevió a pronunciar una palabra, mientras que X. furioso seguía haciendo trizas el pliego de papel.

De pronto se movió la joven, y sin que nadie se atreviese a estorbarla el paso, fué junto al moribundo y le colocó al lado su pequeñuelo.

—Padre—gritó reciamente,—si quiere usted que me muera de hambre, moriré; pero déjele siquiera una tajada de polenta a este niño!

El viejo, no pudiendo hacer otra seña hostil, cerró el único ojo que tenía.

No olvidaré jamás aquella almohada con las dos cabezas; la rubia cabecita del chico que blanco como la leche sonreía con sus ojos azules a la madre, y la cabeza calva del empede-

nido viejo, ya obscurecida por la sombra de la muerte.

La siniestra idea de que la Potencia de las Tinieblas pesaba sobre aquella almohada y estaba en vía de llevar para sí una de las dos almas me hizo estremecer.

El notario también contemplaba atónito lo que me parecía un contraste monstruoso.

En aquel momento llegó el cura, un buen hombre sencillito a quien conozco.

Vió el niño sobre el lecho, interpretó mal las cosas, y se le alegró el rostro.

—¡Oh, muy bien, muy bien!—dijo.—¡Alabado sea Dios!

El niño echó a llorar y su madre hizo ademán de volverlo a tomar en brazos.

Pero el padre Roque no se lo permitió.

—Deje, deje—díjole tomando el pulso al enfermo.—Déjelo morir con un angelito al lado. Lo que es ahora se nos va. Y se puso a recitar las oraciones de los agonizantes.

X. poco amigo de los espectáculos tristes, prefirió la mala escalerilla del galpón. Como nadie se movió para acompañarle, fuerza me fué seguirle; pero antes de regresar a pie con él volví un momento arriba, a satisfacer mi curiosidad. Hijos y testigos habían desaparecido, no sé por dónde. La joven madre, había vuelto a cargar el pequeño que lloraba, y no se ocupaba sino de hacerlo callar a fuerza de besos y caricias, como si él tan sólo mereciese su atención. La vieja, consecuente hasta lo último al hombre cuyas pasiones había compartido y servido con una especie de fidelidad salvaje, rezaba arrodillada junto al lecho.

Atravesando poco después los sembrados de lozanos y lucientes maizales, los prados floridos, por medio de empalizadas ligadas por festones de pámpanos, entre los que ya negreaban los racimos, preguntábame por qué causa tanta inocente belleza de la naturaleza, tanta exuberancia de vida, tanta bendición de frutos, servían de alimento en el corazón humano a repugnantes codicias y a odios execrables.

—La verdad que no me lo explico, terminó diciendo el amigo M.

Kachito



KACHITO vino de postre, **TRAPICHE** vinos de mesa, existen en todos los buenos almacenes.

Exíjalos y obtendrá los mejores productos nacionales.

BÓDEGAS

TRAPICHE

FLORIDA 771

BENEGAS H^{nos} & C^{ias}

Tiene que existir algún error en el sistema que han ideado los hombres para servirse de tantas gracias de Dios.

—Mucho me lo temo también yo,—repúsele. Y creo que todo estriba en un vicio radical de egoísmo. Pero, dejemos proceder al Señor del mundo y de los hombres, que bien sabrá hallarle remedio.

Antonio FOGAZZARO.

Football



Team Jorge Newbery, vencedor del match realizado en Tandil y en el cual se disputó el premio "López Osornio".

PRÓLOGO

Hace cuarenta años, en el fondo de una casa colonial donde habitualmente jugábamos entre risas y correteos infantiles, cometí el primero y único hurto de mi vida. Allí, debajo del techo de un ex gallinero, en una de tantas escondidas, sustraje de un cajón desvencijado, un paquetito de papeles amarillentos, cuya tinta un tanto apagada, reveladora de la fecha, 1778, me sugirió la idea de guardarlo furtivamente como conquista de "papeles antiguos".

Aunque no los pudiera leer bien, ni siquiera entendiésemos su contenido, los imaginé de gran valor para mi incipiente museo, en el que ya promiscuaban vistosos caracoles con figuras de cajas de fósforos, un yacaré y flechas del Paraguay con estampillas de correo, sapos e insectos en aguardiente con cristalizaciones del Salto Oriental; campeando como pieza de resistencia un famoso sable, hallado entre el desecho de una herrería, y que atribuía muy ufano a los granaderos de San Martín.

Sin embargo, ese paquetito de cartas fué para mí durante mucho tiempo una dura pesadilla; cada vez que lo veía, el rubor me incendiaba la cara, pues se interponía entre ellas y mi remordida conciencia, la imagen severa, pero simpática y bondadosa, de la dueña de casa, reproghándome la fea acción.

Por otra parte, mi lógica de coleccionista se esforzaba en disculparme al ver la indiferencia con que eran tratados esos papeles, y por aquella salvación de que me hacía paladín, pensando con horror en las fenomenales ratas, que en esa época engordaban en los albañales, o compartían fraternamente con las gallinas las abundantes sobras de comida, en aquellos viejos fondos de las casas de antaño, verdaderas arcas de Noé, sembradas por grandes higueras que nos brindaban sabrosas brevas y no pocos golpes, en el afán de alcanzarlas.

Esta lucha entre la conciencia y el razonamiento interesado se me hizo insuportable; y convencido de que no podía gozar de mi presa como adquisición ostensible, concluí por guardar profundamente el cuerpo del delito; y así, de acuerdo con todo lo que pasa en las cosas de la vida, llegué después, entre los azaros de ella, hasta perder el recuerdo de este trance amargo, quedando aquellas cartas durante cinco lustros debajo de varios estratos de papeles de todo género, pero de procedencia legítima, por cierto.

No hace mucho, la necesidad de reorganizar la biblioteca, me hizo tomar una resolución heroica; postergué los trabajos de investigación arqueológica y me lancé con extraordinario coraje a mover libros y revolver papeles. En medio de esta tarea, cuya arremetida había diferido tantas veces, apareció el paquetito de cartas viejas reproghándome de nuevo, pero ya hombre y con canas, no el delito, que estaba harto prescripto, sino la travesura infantil.

Recién pude leer los vetustos papeles. Ni la letra ni la ortografía de aquellos tiempos tenían ya secretos para mí. Había leído tantos... y como se tratase en ellos de algo pasado allí, en el Alto Perú, y en una época interesante, llamé a Carlos Correa Luna, cultor desde hace tiempo de la historia colonial, y con un suspiro de satisfacción, como librándome de un gran peso, le entregué las cartas para que pudiera utilizarlas. El resto de esta pequeña historia íntima, cuyo secreto supe guardar hasta ahora, y de

la que creo nadie pudo enterarse, sino alguna de las ratas mencionadas, que lograría espiarme con sus ojillos negros llenos de picardía, agazapada entre los cajones, es el libro que sigue.

En él vemos cómo de esos papeles viejos ha surgido la historia de un hombre, uno de tantos que vivieron esa vida de aquella época, que comúnmente se supone patriarcal; pero que los documentos revelan que fué también de angustias, de pasiones, de sobresaltos sin fin, y de dura lucha contra la maldad de los hombres y los intereses creados.

Las pesquisas de Correa Luna en el Archivo Nacional y en la copiosa bibliografía que pacientemente escurrió con ánimo tranquilo y mano de prolijo disector, para seguir a nuestro hombre a través de su vida accidentada, o, mejor dicho, de su gran aventura, que casi le cuesta la vida misma, le ha permitido presentar una serie de cuadros de la vida colonial, de un punto de vista novedoso; así

era ajeno a los estudios históricos; pero hoy ya se incorpora resueltamente con estos "Ensayos" a la escasa falanga de nuestros investigadores. Bienvenido sea. Este trabajo es un ejemplo de lo que pueden el amor al estudio y la contracción sin desalientos, sin más alicientes que los que podían producir los ecos angustiosos de esos papeles íntimos confiados a los chasques, desde las breñas del Alto Perú, hace más de un siglo y cuarto.

Y en cuanto a mí, después de todo, creo poder dormir tranquilo, que si mucho sufrí cuando se me imaginó delirio mi ingenua travesura de ocho años, puedo perdonármela con creces al confesar hoy mi falta, escribiendo estas cortas líneas de deshilvanada, pero sincera introducción, al interesante estudio originado por ella.

Juan B. AMBROSETTI.

Julio de 1914.

Don Baltasar de Arandía

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.^a edición de esta aménisima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandía en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La "venganza" de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

como también descubrir una serie de otros personajes de segundo, tercero y cuarto plano, pero no por eso menos interesantes.

En historia hay que tomar en cuenta todos los factores, y el prolijo estudio de estos pequeños que constituían la vida ordinaria, aclarará muchas dudas y nos ayudará a desentrañar los motivos de muchas de nuestras cosas, cuyas hondísimas raíces hay que seguir en sus más insignificantes ramificaciones, por donde absorbían sus jugos nutritivos, en todas esas pequeñas causas que a diario producían, en aquellos ambientes aislados, el espíritu forcido, levantisco, chicanero, susceptible, egoísta y sin escrúpulos de muchos hombres del tiempo de la colonia, acostumbrados a "pasarse de vivos", para quienes las leyes eran letra muerta en lo que no les convenía, y cuyo único afán era su propio interés, sin importárselos un "tomin" de la tan voceada y decantada "res pública".

Porque tiende a desentrañar algunas de estas cosas, es que me ha interesado el libro de Correa Luna, cuyo estilo narrativo, haciendo más amena su lectura, nos presenta a nuestro héroe, Don Baltasar de Arandía, resucitado en su propio medio, moviéndose como ardilla desde Buenos Aires, donde empezó a actuar como partiquino durante las fiestas de la coronación de Carlos III, hasta los pedregales de Chichas, en cuyo minúsculo escenario llegó a ser de un modo fugaz, artista de cartel, ante la indiferencia de los indios y la sorna de unos cuantos pillos redomados.

Carlos Correa Luna es ya conocido como hombre de pluma, y en varias oportunidades ha demostrado que no

Canciones del barrio

EN EL PATIO...

—La italiana linda que vive en los altos está enferma en cama...
—¿Qué tiene?
—No sé...
—El marido pasa muchos sobresaltos...
—Déjelo al marido que él sabe el por qué...

—¡Ahí va una señora con una bailija!
—Esa es la partera...
—¡Nena, qué decís!
(Y responde un pibe que es un lagartija).
¡Zás!... ¡Otro pebete comprado en París!

Felipe H. FERNANDEZ.

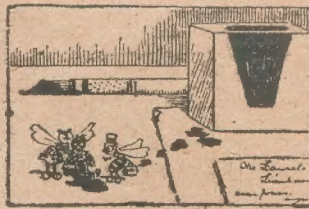
Lo que creyeron del primer globo

Es notable el camino recorrido desde que verificó sus primeras ascensiones, el "barco volador", de los hermanos Montgolfier.

La segunda ascensión del globo llevada a cabo en el Campo de Marte, en presencia del rey y de la familia real, tuvo caracteres de solemnidad.

El globo de papel, lleno de un humo, cuyo secreto se reservaban sus inventores, se elevó hasta unos cuatro mil metros en el aire, y se mantuvo en las alturas tres cuartos de hora, a pesar de estar el tiempo lluvioso, yendo a caer cerca de Gonesse, a diez y seis kilómetros de París.

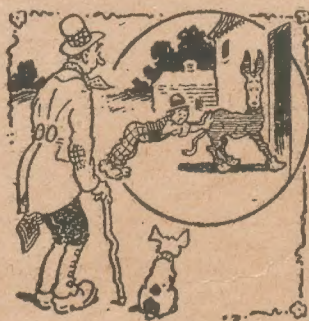
Los aldeanos lo tomaron por un monstruo, y como al tocar en tierra, seguía saltando por efecto del vapor que le quedaba, comenzaron a ape-



—¡Doctor, mi esposo se ha caído en el tintero! ¿Habrá que recurrir a la respiración artificial?
—No; recurra al papel secante.

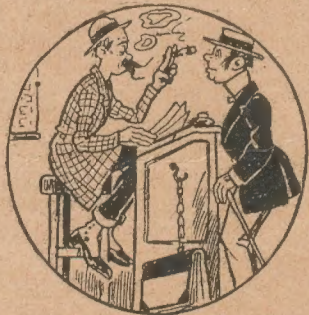


—¿Qué tal la lucha en el frente?
—Fuerte... yo hice mi parte.
—Supongo que habrás hecho correr al enemigo.
—Bastante... ¡pero no me agarró!



—¿Parece que la mula no quiere caminar, eh? ¿Quiere que le ayude?
—No; lo que quiero es saber cómo hizo Noé para hacer entrar a dos en el Arca.

A LO QUE HEMOS LLEGADO



El aspirante a inquilino. — Hay una cantidad de agujeros en el techo.
El encargado de la casa. — ¿Y qué quiere que le haga? Si no tiene unos cuantos paraguas, es mejor que no se mude.

crearlo. Una vez inmóvil, se atrevieron a tocarlo y "ya familiarizados con él, miraron por la abertura para ver qué tenía en el vientre; pero fueron rechazados por un olor fétido, y estuvieron a punto de caer de espaldas".

Por fin, después de darle muchas vueltas, y cuando juzgaron que estaba bien muerto, se decidieron a transportarlo al pueblo, y atado a la cola de una mula, lo llevaron arrastrando hasta la puerta de la iglesia, donde el cura, después de examinar la tela, declaró que era la piel de un animal venenoso. De la misma opinión fueron dos benedictinos; pero un profesor de la escuela militar que se enteró del proceso verbal relacionado con la máquina, comprendió lo que era, y envió a París los despojos del monstruo, en muy mal estado.

Puchitos

Según el ingeniero Caproni, inventor de los aeroplanos que llevan su nombre, se puede establecer inmediatamente un servicio aéreo entre París y Washington mediante seis biplanos que harían el trayecto en cinco etapas: 1.º, de París a Lisboa: 1327 kilómetros; 2.º, de Lisboa a las Azores. 1367 kilómetros; 3.º, de las Azores a San Juan (Terranova): 1922 kilómetros; 4.º, de San Juan a Nueva York. 1769 kilómetros; y 5.º, de Nueva York a Washington: 321 kilómetros.

El encanto de Jujuy: "La intervención pasada ha destruido algunos instrumentos de tortura—dice un alto funcionario jujeño en una publicación aparecida hace pocos días—pero he tenido ocasión de comprobar "que aun quedan" barras, argollas, calabozos fúnebres y el célebre sótano del tormento, de las pasadas administraciones.

Un cuatro por ciento de la po-

Tome agua caliente antes de desayunarse

Para que se sienta realmente limpio, confortable y fresco interiormente y enferme por rareza.

Si cuando despierta suele usted tener la lengua saburrosa, aliento fétido, o dolor de cabeza con pesadez y vértigos; o si los alimentos se le agrian y se le vuelven gases y ácidos, le aguarda a usted una verdadera sorpresa.

Mañana por la mañana, inmediatamente después que se levante, tómese un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone. Este se destina primero a neutralizar y luego a eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos todos los desechos indigestos, venenos, bilis ácida y toxina, para así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo.

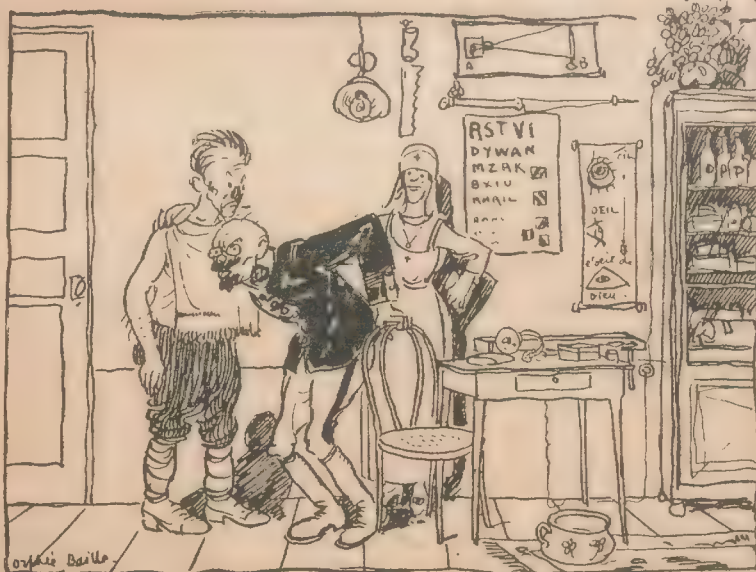
A las personas que padecen de jaqueca, dolores de espalda, ataques de bilis, estreñimiento o cualquier forma de desórdenes de estómago se les recomienda procurarse un cuarto de libra de fosfato limestone en la botica y que principien a gozar de este baño matinal interno. Se dice que tanto los hombres como las mujeres que lo ensayan se vuelven entusiastas y perseveran con él diariamente. Es una espléndida medida higiénica, porque es más importante mantenerse limpio y puro por dentro que por fuera, pues los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, lo cual causa enfermedades, mientras que los poros del intestino, sí.

El principio del baño interno no es nuevo, pues millones de personas lo practican. De la misma manera que el agua caliente y el jabón limpian, purifican y refrescan la piel, así el agua caliente y una cucharadita de fosfato limestone obran sobre el estómago, el hígado, los riñones y los intestinos. El fosfato limestone es un polvo blanco que cuesta poco y es casi insípido.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: L. F. MILANTA
Rivadavia 1255 Buenos Aires.

EXAMEN DEL CANDIDATO A AVIADOR



—¿El corazón malo? ¡Oh, doctor!; ¡tan luego yo que no puedo var sufrir una mosca!

blación de la República Argentina padece de tuberculosis. Calculando que a un cinematógrafo concurren trescientas personas por función, al cabo de seis meses habrán pasado por él cincuenta y cuatro mil personas de las cuales dos mil ciento sesenta son tuberculosos que, según la expresión de un higienista "tosen y diseminan sus microbios durante sendas horas en esas admirables estufas de cultivos que se llaman cinematógrafos."

En la República Argentina cada obrero, según cálculos del Departamento de Trabajo, gana por día un salario de tres pesos con setenta centavos por término medio. ¿Un hombre que tiene familia puede vivir con ese jornal, dado el precio de los artículos de primera necesidad? ¡Ah, esos huelguistas que tienen el atrevimiento de no resignarse a pasar hambre!

Dicen que en la Provincia de Santiago del Estero, el 70 por ciento, nada menos, de la población rural, es analfabeta. Santiago del Estero está en la República Argentina, país de la América del Sur donde alguien ha hablado de ochenta millones para comprar armamentos.

En las fábricas de bolsas donde

trabajan centenares de madres de familia, el polvo desprendido de los lienzos provoca en las obreras las afecciones que el doctor Layet describe en estos términos: "Con los polvos vegetales filamentosos no existe neumonía propiamente dicha; estos polvos obran sobre los bronquios solamente. No producen ninguna erosión, ninguna dilaceración de los tejidos, pero por su presencia y su acumulación en las vías respiratorias excitan las secreciones de la mucosa sobre la cual se aglutinan y provocan así, por su expulsión, esfuerzos más o menos repetidos y violentos. Si las causas persisten, se exageran las secreciones; las paredes de los bronquios pierden su elasticidad, los conductos se dilatan; de aquí una afección caracterizada por expectoración abundante de mucosidades viscosas, accesos frecuentes de tos, anhelación y fatiga respiratoria. Se comprende que estos trastornos funcionales lleguen a provocar la anemia, la consunción." Y eso que la de la fábrica de bolsas no es una de las industrias más insalubres: en las fábricas de cigarrillos ocurre algo peor.

En Buenos Aires las obreras ganan por término medio un peso y setenta y cinco centavos por día. Para eso desamparan su hogar y el cuidado de

Piedad para los nidos

—¿Es nido?

—¿Es nido! mira, se oculta entre las ramas; el céfiro lo mece; la luz del sol lo dora...

—¿Tú sabes lo qué es nido?... Pues es lo que más amas; lo que en tus goces ríe, lo que en tus penas llora.

—¿Es un hogar?

—Sí; un santo asilo de amor puro, donde las aves juntas hallan calor y sueño, la selva se estremece; se pone el cielo obscuro... no importa: Dios que es grande, cuida de lo pequeño.

El bosque, entre sus frondas, cobija estos palacios, que son en Primavera sus más hermosas galas, el pájaro que libre recorre los espacios sabe que tiene un hueco donde plegar las alas.

Un nido es un santuario de paz y amor profundo; las manos que lo arrancan son manos de malvados; ¡no ves tú que no hay cosa más triste en este mundo que ver flores marchitas y nidos arrancados!

LUIS G. URBINA.

sas hijos pequeños. No tienen la más modesta felicidad de los pobres: tener hogar.

En Inglaterra los niños pueden ingresar a los talleres desde los 11 años de edad "a condición de no trabajar más de tres horas diarias y concurrir a la escuela".

En Francia se exige los 13 años como edad mínima, en Alemania 13, en Holanda 12, en Rusia 12, en Suiza 14, en Nueva York 14, en Bélgica 12. Pero en todos esos países el horario de trabajo de los niños es muy inferior al de los adultos.

Entre los 7.900.000 habitantes de la República Argentina hay 930.000 italianos, 830.000 españoles y 598.000 de otras nacionalidades. Lo que quiere decir que la tercera parte de nuestra población es extranjera y que de cada 100 extranjeros la proporción de italianos y españoles es la siguiente: 40 italianos, 35 españoles y 25 de otras nacionalidades.

Los únicos cuadrúpedos que no sudan jamás son los de la familia del perro, en los cuales la transpiración se verifica por la lengua, que por eso la llevan fuera estos animales cuando hace mucho calor.

El Jarabe de Higos "California" es lo mejor que se conoce para niños enfermizos y febriles.

Si el estómago está ácido, el hígado torpe o los intestinos obstruidos, dele al niño

Jarabe de Higos

"California."

Las madres pueden estar satisfechas después de dar el Jarabe de Higos "California" a sus niños, pues en pocas horas hace desaparecer de los intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácida y alimento fermentado, y el niño estará sano y contento otra vez. Los niños no dejan sus juegos por evacuar, y el resultado es que los intestinos se obstruyen, el hígado se pone pesado y viene el desorden en el estómago.

Cuando los niños estén intranquitos, febriles e inquietos, mire a ver si tienen la lengua sucia, y entonces deséales este delicioso "laxante de fruta". Los niños lo encuentran muy agradable al paladar, y es completamente inofensivo. No importa lo que tenga el niño, si tiene resfriado, mal de garganta, diarrea, dolores de estómago, el aliento fétido, acuérdesese que un laxante suave es el primer tratamiento que debe dársele. Direcciones completas vienen impresas en cada botella, sobre la manera de tomarlo los niños de todas las edades, así como los adultos.

Cuidese bien que no le den ningún otro jarabe falsificado. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California" y vea que esté fabricado por la "California Fig Syrup Company". No fabricamos tamaños pequeños. No admita ningún otro jarabe que no sea el genuino.

EL PERRO SERVICIAL



—Trata de alcanzar aquella señorita y entrégale esta carta. Tendrás mi agradecimiento eterno y un bife a la milanesa.—¡All right, very well!—contestó el perro.



Pero al llegar a la entrada del parque comprobó que estaba prohibida la entrada a los perros.—¡Oh, fatalidad!—exclamó el perro.—¡oh, milanesa!



Un alma grande no se achicharra por tan poca cosa. Venía un chico con un carrito chato y el perro se ubicó en él y se quedó inmóvil.—¡Qué lindo juguete lleva ese chico!—pensó el guardián al verle pasar.



Así fué cómo el perro sarvicial pudo entrar en el parque y entregar la carta a la damita. A consecuencia de la carta se produjo un casamiento. Pero el perro no podía prever las consecuencias.

De POE. — Dreamland

En una senda abandonada y triste que recorren tan sólo ángeles malos, una extraña deidad, la negra Noche ha erigido su trono solitario; allí llegué una vez; crucé atrevido de Tule ignota los contornos vagos y al Reino entré que extiende sus confines fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

Valle sin lindes; mares sin riberas, cavernas, bosques densos y titánicos, montañas que los cielos desafían y hunden la base en insondables lagos, en lagos insondables siempre mudos de misteriosos bordes escarpados, gélidos lagos cuyas muertas aguas un cielo copian tétrico y extraño.

Orillas de esos lagos que reflejan siempre un cielo fatídico y hurao, cerca de aquellos bosques gigantescos, enfrente de esos negros oceanos, al pie de aquellos montes formidables, de esas cavernas en los hondos antros, vense a veces fantasmas silenciosos que pasan a lo lejos sollozando, fúnebres y dolientes... ¡son aquellos amigos que por siempre nos dejaron, caros amigos para siempre idos fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

Para el alma nutrida de pesares, para el transido corazón, acaso es el asilo de la paz suprema, del reposo y la calma un Eldorado. Pero el viajero que azorado cruza la región no contempla sin espanto,

que a los mortales ojos sus misterios perennemente seguirán sellados. Así lo quiere la Deidad sombría que tiene allí su imperio incontrastado.

Por esa senda desolada y triste que recorren tan sólo ángeles malos, senda fatal donde la Diosa Noche ha erigido su trono solitario, donde la inexplorada, última Tule esfuma en sombras sus contornos vagos, con el alma abrumada de pesares, transido el corazón, he paseado... ¡He paseado en pos de los que huyeron fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

Edgardo A. POE.

Traducción de Carlos Arturo Torres.



El surtido de confecciones que tenemos para la presente estación, es verdaderamente extraordinario, tanto en lo que se refiere a modelos como a CALIDAD.

Los precios, como siempre, los más convenientes.

TRAJES para caballeros, confeccionados en casimires de alta fantasía, gustos y modelos modernos \$ **40.—**

Artículos varios para caballeros

SOMBREROS de paja rustie, con cinta negra o fantasía, modelo de moda. \$ **5.50**

BOTINES de cabritilla francesa, o en box calf negro, el par, a. . . . \$ **12.50**

GUANTES de seda, en color amarillo pálido, gran moda, el par, a. . . . \$ **6.—**

CAMISAS de zephir de hilo, negligé, puños doblados, en colores crema claro, alta novedad. \$ **6.90**

CAMISITAS de crêpe de Santé, en blanco, calidad superior, \$ **5.50** y \$ **4.25**

CALZONCILLOS de algodón, en colores lisos, artículo muy fuerte. . . \$ **1.50**

CORBATAS de pura seda, en gustos de alta fantasía, forma "Ascot". . . \$ **0.75**

CUELLOS de puro hilo, en todas las formas de moda, cada uno, \$ **0.75**

Especialidades para Niños

TRAJES forma cazadora, en casimires de lana, variedad de colores y gustos de moda, para niños de años

13-14	11-12	9-10	7-8	5-6
\$ 17.50	\$ 15.75	\$ 14.25	\$ 12.50	\$ 11.75

TRAJE de blusa marinera, en gaceta lavable, de calidad especial para niños de años

9-10	7-8	5-6	3-4
\$ 5.40	\$ 4.90	\$ 4.40	\$ 3.90

SOMBRERO de paja forma marinera, ala ancha, de gran aceptación. \$ **3.75**

CATÁLOGO PRIMAVERA - VERANO

Fídale hoy mismo, es indispensable en todo hogar; contiene todo cuanto artículo es necesario para hombres y niños. Se envía gratis, al interior de la República.

M. ZABALA
=B^{MA} MITRE Y ESMERALDA

CRÉDITOS

Acordamos créditos, a pagar en 10 mensualidades, sin recargo en los precios y sin cobrar interés.



La muerte del borracho

Quizás no hay una persona que haya actuado mucho en sociedad o que por sus ocupaciones haya tenido que tratar la gran número de personas, que no recuerde el tiempo en que ese pobre infeliz que acaba de pasar por la calle, a su lado, harapiiento y sucio, con la palidez de la enfermedad y de la miseria, era un comerciante respetable, un empleado o un hombre dedicado a una profesión, con buenas perspectivas y de acomodados medios; tal vez cada uno de nuestros lectores recuerda, en la lista de sus conocidos de antaño, a un hombre caído y degradado que arrastra por las calles su miseria, de quien todo el mundo se aparta con frialdad. Semejantes casos son demasiado frecuentes y casi siempre han sido ocasionados por la embriaguez que apaga en el corazón del hombre todos los sentimientos y matando la voluntad de sus víctimas, quita la esperanza de salvarlas.

Uno de esos seres se hallaba cierta vez junto al lecho de su esposa moribunda, mientras sus hijos,

lecho de un enfermo querido. Asústase el alma al oír que los más íntimos secretos, celosamente guardados durante muchos años, se escapan de los labios inconscientes del moribundo; la astucia y el recelo de una vida entera dejan caer la máscara en el instante de la fiebre y del delirio. Los desvaríos de los moribundos han revelado tan horribles historias, historias llenas de crimen, que los que estaban a su lado huyeron con horror, por miedo de enloquecerse con las revelaciones que oían.

Pero nada semejante había de oírse junto a ese lecho, junto a esos niños arrodillados. Y cuando la mano de la madre se abandonó sin fuerzas y llevando la mirada de los hijos al padre trató en vano de hablar y cayó de espaldas, se habría dicho que se entregaba a la tranquilidad de un sueño bienhechor. Se inclinaron sobre ella; llamáronla por su nombre, quedamente al principio y luego con desgarradores gritos de desesperación. No contestaba. Quisieron sentir su hálito, pero ni un ligero soplo anunciaba la vida, ni la más leve palpitación respondió a la mano ansiosa que se posaba sobre su pecho. Estaba muerta; el corazón había sido al fin vencido.

El marido se echó en una silla junto al lecho y llevóse las manos a la frente ardiente. Contempló

jóvenes crecidos. El padre continuaba siempre el mismo, más pobre, más abandonado, más disoluto en el aspecto. Los dos varones habían abandonado el hogar y probablemente vagaban por las calles; pero quedaba la muchacha y mientras ésta trabajara como trabajaba, golpes o amenazas habrían de proporcionar al borracho algunas monedas para la taberna.

Una noche, a eso de las diez—pues la joven estaba enferma desde hacía algunos días y por consiguiente poco tenía el borracho para gastar—dirigió sus pasos hacia su casa, pensando en que debía preocuparse de la enfermedad de la joven, puesto que enferma no le producía dinero. Era una noche de diciembre, de fuerte lluvia y viento frío y penetrante. Pidió una moneda a un transeúnte y compró con ella un panecillo para la joven, pensando que estaba en su interés tratar de que la muchacha sanara cuanto antes.

Metióse en una oscura callejuela, asilo de su ciedad y miseria. En las casas viejas y ruinosas las ventanas sin vidrios estaban remendadas con pedazos de papel y harapos; las puertas caíanse de sus goznes; de los tugorios partían gritos que denunciaban escenas de riña o de ebriedad. Una lámpara solitaria que debía haber arrojado un poco



arrodillados alrededor sollozaban murmurando una plegaria. La habitación revelaba, en su mísero mobiliario, la mayor miseria. Y una breve mirada a ese cuerpo tendido del cual huía la luz de la vida, habría indicado que por muchos años había sido víctima de las penas, la necesidad y la preocupación ansiosa. Una anciana, de rostro bañado en lágrimas, sostenía en su brazo la cabeza de la moribunda, su hija. Pero no era a la madre a quien ésta volvía los ojos; su mano fría y temblorosa oprimía el brazo del marido y éste inclinaba la cabeza, dominado por la mirada, ya velada por la muerte, de la mujer. El traje del hombre era desordenado y sucio, la cara enrojecida, los ojos hinchados. De algún lugar de vicio lo habían traído junto a ese lecho solemnemente triste.

Una lámpara, velada por una pantalla, arrojaba una débil luz sobre el grapo que rodeaba el lecho, mientras dejaba todo el resto de la habitación en la obscuridad. De un estante colgaba un reloj y oíase netamente en el silencio, sonar su tic tac, impresionante en esos momentos, porque presentían todos que uno de esos latidos metálicos acompañaría dentro de un instante la despedida de un espíritu de este mundo.

Es algo espantoso estar esperando que llegue la muerte, teniendo la certidumbre de que toda esperanza es inútil y oír sonar los minutos durante largas horas en largas noches de vela al lado del

a sus hijos, uno por uno, pero cuando los ojos llenos de lágrimas se encontraban con los suyos, bajaba la cabeza. Ni una palabra de consuelo fué murmurada en su oído. Todos lo evitaban, y cuando, al fin, salió tambaleando de la habitación, nadie trató de seguirle ni de acompañarle con una palabra de bondad.

Hubo un tiempo en que muchos amigos le habrían rodeado en su aflicción y en que muchas condolencias sinceras habrían mitigado su pena. Uno por uno, amigos, parientes y simples conocidos, se habían alejado de su lado; sólo su mujer le había acompañado tanto en el buen tiempo como en el malo, en la enfermedad y en la pobreza. ¿Qué recompensa recibió de él? hubia acudido de la taberna para verla morir.

Salió de la casa y se puso a caminar rápidamente por las calles. El remordimiento, el temor y la vergüenza combatían en su espíritu. Atontado por la bebida y desconcertado por la escena que acababa de presenciar, entró en la taberna de donde había salido un rato antes. Tomó vaso tras vaso; su sangre se excitó y las ideas le remolinearon en el cerebro. ¡La muerte! todo el mundo debe morir. Ella también tenía que morir. En fin, ya había muerto y era tal vez más feliz que cuando vivía. Mejor así. ¡Otro vaso! ¡Hay que aprovechar la vida!

Transcurrieron algunos años. Los niños eran ya

de luz sobre esta triste escena, había sido apagada por la violencia del viento o por la intención de los vecinos que debían tener buenas razones para desear la obscuridad; en el medio de la calle corrían las aguas sucias; el viento sacudía las puertas, las ventanas, y, parecía que hasta a las mismas casas viejas.

El borracho, dando tropezones siguió caminando hasta su casucha, la última de la callejuela; la puerta estaba abierta de par en par; el hombre entró y arrastrándose por una escalera desvencijada, llegó hasta la bohardilla.

Se hallaba a sólo dos pasos de la habitación, cuando la puerta se abrió y una joven, cuya palidez era semejante a la de la buja que tenía en la mano, se asomó con visible alarma.

—¿Eres tú, papá?

—¿Quién otro podía ser?—repuso el borracho rezongando.—¿De qué tienes miedo? poco he bebido hoy, pues no hay bebida sin dinero y no hay dinero sin trabajo. ¿Qué te pasa?

—No me siento bien, papá—exclamó la joven sin poder reprimir un sollozo.

—¡Ah! tienes que sanarte de una vez, porque sin dinero no se puede hacer nada. Lléa a ver al médico de la parroquia para que te dé unos remedios. ¡Para eso le pagan, qué diablos! ¡Pienzas quedarte eternamente allí en la puerta? ¡Déjame entrar!

—Papá—murmuró la joven cuando después de entrar el padre cerró la puerta sin hacer ruido—Guillermo ha vuelto.

—¿Quién?

—Guillermo, mi hermano. ¡Habla en voz baja!

—¿Y qué viene a hacer aquí? ¿Quiere dinero, comida, bebida? Si es eso, se ha equivocado de puerta. Dame la vela. ¡Dame la vela, te digo! no le voy a hacer nada. Y así diciendo, arrebató la palmaria de la mano de la joven.

Sentado en un baúl viejo, con la cabeza en la mano y fijos los ojos en unos cuantos tizones que se apagaban lentamente en la chimenea, se hallaba un joven de unos veintidós años, miserablemente vestido.

—Cierra la puerta, María—dijo el joven alarmado—corre el cerrojo. Me miras como si no me conocieras, papá. Hace ya mucho tiempo que me echaste de casa; bien puedes olvidarlo.

—¿Y qué quieres aquí?—preguntó el padre, sentándose en un banquito, al otro lado de la chimenea.

—Un refugio que me proteja. Me veo en desgracia: nada más. Si me toman preso me ahorcarán, estoy seguro. Y me descubrirán si no me quedo aquí; de esto también estoy seguro.

—¿Quieres decir que has robado, que has asesinado, acaso?

—Sí, eso quiero decir—contestó el hijo.—¿Te sorprende?—y al decir esto miró fijamente en la cara a su padre que bajó la cabeza.

—¿Dónde están tus hermanos?

—¡Oh, no te molestarán más! Juan se ha ido a América y Enrique ha muerto.

—¡Ha muerto!—exclamó el padre, estremeándose.

—Sí, murió en mis brazos, como un perro, un guardabosques lo mató de un tiro. La sangre le salía de un costado como si fuera agua; apenas podía moverse, pero se arrodilló en el suelo y rogó a Dios que oyera las súplicas de mamá que está en el cielo por su hijo menor. “Yo era su hijo favorito, Guillermo—me dijo—y cuando mamá se moría me arrodillé al lado del lecho, y aunque era un niño pequeño, agradecí a Dios por no haber hecho jamás nada que la hiciera llorar. ¡Oh, Guillermo! ¿por qué se nos fué ella y nos quedó papá?” Estas fueron sus últimas palabras, papá. Acuérdate que le diste un golpe en la cara, estando borracho, la mañana que nos escapamos. Y ese ha sido el final...

La joven lloraba amargamente; el padre dejó caer la cabeza sobre las rodillas y permaneció así, en solemne silencio.

—Si me toman preso,—continuó el joven—me llevarán para ahorcarme por el asesinato de ese hombre. Pero no podrán descubrirme si tú no dices nada, papá. Y si tú no me entregas me quedaré aquí hasta que llegue la ocasión de huir al extranjero.

Durante dos días los tres permanecieron encerrados en la habitación sin atreverse a dar señales de vida; pero al llegar la tercera noche, la joven sentíase peor y se habían acabado los restos de alimento. Era preciso que alguien saliera y como la joven apenas podía tenerse en pie, el padre se resolvió a salir.

Consiguió alguna medicina y un insignificante socorro pecuniario. De regreso a su casa, ganó una propina de unos centavos por cuidar un caballo unos instantes. Había conseguido así con qué pasar dos o tres días afrontando las necesidades más apremiantes. Al pasar delante de la taberna vació un instante, continuó su camino un trecho, se detuvo indeciso, volvió sobre sus pasos y entró. Dos hombres a quienes el borracho no había advertido estaban allí vigilando. Resolvíanse ya a abandonar como inútil su acecho, cuando las vacilaciones de ese hombre mal entrazado les llamaron la atención y entraron tras él en la taberna.

—Amigo ¿quiere acompañarme a tomar la copa?

—dijo uno de ellos ofreciéndole un vaso de licor.

—Y ahora a mí—agregó el otro volviendo a llenar el vaso que acababa de beberse el hombre. Por la mente de éste pasó el recuerdo de sus hijos que le esperaban hambrientos, pero muy pronto la bebida le hizo olvidar todo.

—¿Qué noche tan fea, amigo!—le dijo en voz baja uno de los desconocidos en el momento en que el borracho se disponía a ponerse de pie para irse.

—Pero es la noche más apropiada para que no descubran a nuestros amigos, ¿eh?—murmuró el otro.

—Síntese un rato—continuó el que había hablado primero.—Estamos buscando al muchacho; venimos a decirle que todo va bien, pero no podemos dar con la dirección; la que nos dió no es la exacta. Seguramente él mismo no la recordaba cuando volvió a Londres.

—Es posible que no la recordara—replicó el padre.

Los desconocidos cambiaron una mirada.

—Dentro de pocas horas, a medianoche, va a salir un buque. ¿Cómo haríamos para llevarlo a bordo? Ya tiene el pasaje tomado, con otro nombre, por supuesto; y lo que es mejor, tomado y pagado.

Ha sido una suerte que nos encontráramos con usted.

—Una gran suerte, efectivamente—asintió el otro.

—¡A ver! ¡otro vaso!—pidió el que había hablado antes.

Y al cabo de cinco minutos, el padre, inconscientemente había entregado a su hija a manos del verdugo.

Angustiosamente pasaba el tiempo en el miserable tugurio donde el joven y su hermana escuchaban temblando el menor ruido. Por fin oyeron un paso pesado en la escalera; acercábase, estaba ya en la puerta. El padre entró tambaleando.

La joven vió en seguida que venía borracho y, con la palmaria en la mano, salió a su encuentro... Se detuvo súbitamente, lanzó un grito y se desplomó sin sentido: había visto que alguien venía detrás de su padre. Dos hombres se precipitaron en el cuarto y un instante después el joven estaba en poder de la policía.

—Nos ha resultado fácil—comentó uno de ellos hablando con su compañero—gracias al viejo. Levanta a la muchacha, Tom. Basta de gritos, señorita. Ya todo es inútil.

El joven se volvió airado hacia su padre, que apoyado en la pared miraba la escena con estupidez de borracho:

—Oye, padre—exclamó con acento que hizo estremecer al borracho—la sangre de mi hermano y la mía caerá sobre tu conciencia. Jamás recibí de ti una mirada de bondad, una palabra de afecto, una ayuda; vivo o muerto, jamás te perdonaré. Te hablo ya como un muerto y sabe que algún día

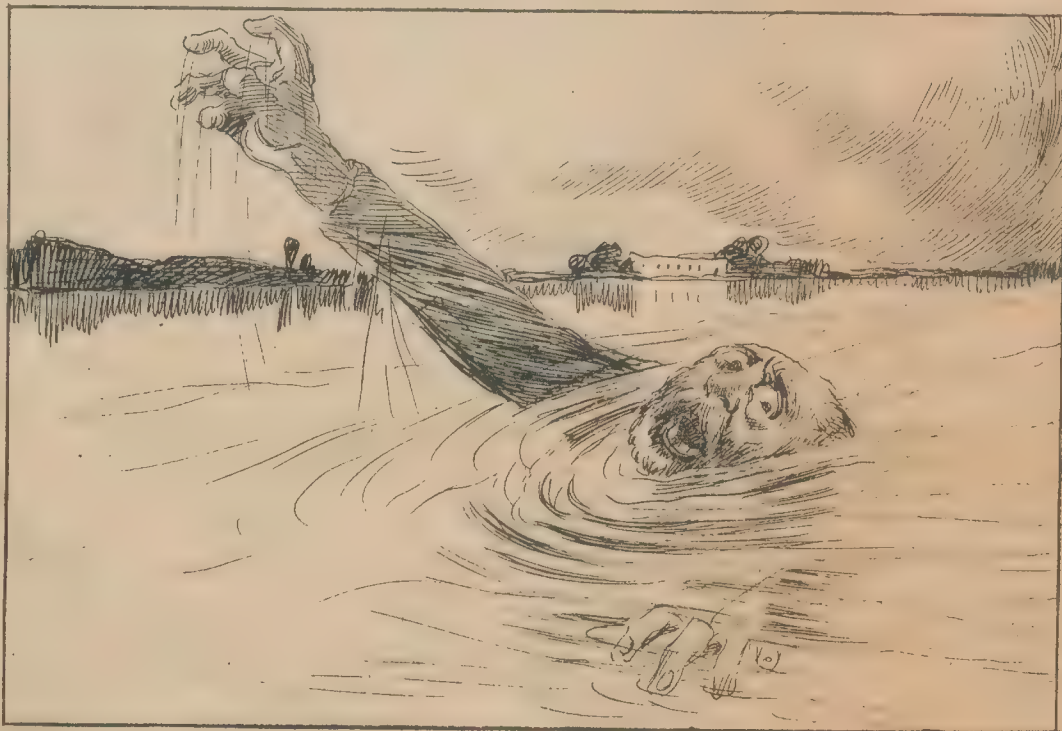
Una noche dejóse caer sobre un umbral, sin fuerzas y enfermo. Recordó el tiempo en que tenía un hogar tibio y alegre y en los seres que le rodeaban, pensó tanto que le pareció que sus hijos mayores, surgidos de la tumba, se le acercaban y se detenían junto a él; los veía a su lado como si estuvieran vivos; sentía que le miraban con miradas que ya casi había olvidado y oía sus voces. Pero fué sólo un instante. La lluvia caía implacablemente.

Incorporóse con dificultad y arrastró sus piernas débiles un corto trecho. En la calle reinaba el silencio y la soledad. El frío penetraba en las carnes del pobre viejo y parecía que la sangre se le helaba lentamente. Tendióse en un umbral y trató de dormirse.

Pero el sueño huía de sus ojos. Su mente desvariaba. Sonaba en sus oídos una canción de borrachos; llevábase un vaso a los labios y veía delante de sí una mesa cargada de ricas viandas. Todo estaba al alcance de su mano. Al alcance de su mano; pero al mismo tiempo comprendía con dolorosa sorpresa que se hallaba abandonado en la calle desierta.

Se incorporó súbitamente, presa de terror. Había oído su propia voz gritando en el silencio de la noche. ¿Qué decía? Era un gemido. Surgieron de sus labios palabras incoherentes y llevóse al pecho las manos convulsivas como para desgarrarse la carne. Gritó, gritó mucho pidiendo socorro hasta que la voz le faltó.

Alzó la cabeza y exploró con angustiosa mirada la calle desierta. Recordó vagamente que años antes un vagabundo como él había sido hallado una



tendrás que estar ante el Creador. Allí estarán tus hijos clamando justicia contra ti.

Alzó en actitud amenazadora las manos trabadas por las esposas y salió lentamente del cuarto. Ni el padre ni la hermana volvieron a verle, de este lado de la tumba.

Cuando la pálida luz de una mañana de invierno penetró en el estrecho patiecillo y en el cuarto que tanta miseria había presenciado, el borracho despertó de su pesado sueño y se encontró solo. Puso de pie y miró a su alrededor. El colchón, tendido en el suelo, no presentaba huellas de que alguien hubiese dormido en él; todo estaba como lo había visto la última vez; parecía que ninguna otra persona había estado allí durante la noche. Salió y preguntó a los vecinos por su hija: nadie la había visto ni sabía nada de ella. Se decidió entonces a recorrer las calles de los alrededores. Pero sus ansiosas averiguaciones resultaron vanas y al anochecer regresó a su casa fatigado y desolado.

Ocupó los días siguientes de la misma manera, sin hallar huella alguna de su hija. Por fin resolvió abandonar la búsqueda, considerándola sin esperanza. Muchas veces había pensado en la probabilidad de que su hija lo abandonara y se fuera a ganar su pan en alguna parte más tranquila. Y he aquí que al fin lo había abandonado y lo dejaba solo, a que muriera de hambre. ¡Maldita sea!

Pidió pan de puerta en puerta. La moneda que le daban iba a parar a la taberna. Así pasó un año. El techo de un calabozo fué el único que tuvo por muchos meses. Dormía en las portadas, en los hornos de ladrillos, en cualquier parte donde hallaba un reparo contra el viento y la lluvia.

mañana con un cuchillo clavado en el corazón. Ciertamente la muerte era preferible a seguir esa vida. En un instante formóse la resolución desesperada: sus miembros adquirieron nueva vida; se puso de pie y corrió sin detenerse, sin respirar, hasta llegar a la orilla del río. A sus pies corría el agua. La lluvia había cesado, el viento calmaba y en ese instante todo estaba tan tranquilo que se oía resbalar la corriente por los costados de las barcas ancladas en la orilla opuesta. Retrocedió unos pasos, se lanzó en una carrera y de un salto desesperado se arrojó al río.

No habían pasado cinco segundos cuando reapareció en la superficie del agua. Pero en ese brevísimo tiempo ¡qué cambio infinito en todos sus pensamientos y en sus sentimientos! Debatíase y luchaba con el agua que se cerraba sobre su cabeza; aullaba en el terror de la agonía. La maldición de su hijo resonaba en su oído. ¡Oh, acercarse a la orilla, tocar suelo firme! ¡acercarse un palmo más a la orilla! Pero en vano: la corriente lo arrastraba, y se hundía lentamente...

Surgió otra vez, luchando desesperadamente por la vida. Por un instante, un breve instante, distinguió las casas de la orilla, las luces del puente, las nubes que huían... Volvió a hundirse, volvió a surgir... la corriente le doblaba la cabeza hacia la profundidad de las aguas...

Su cadáver fué encontrado una semana después, a algunas millas de distancia río abajo. Era una masa hinchada y desfigurada. Sin ser reconocido y sin ser lamentado, fué llevado a la tumba. Y hace mucho tiempo que es ceniza.

Dib. de Rojas.

BOZ.



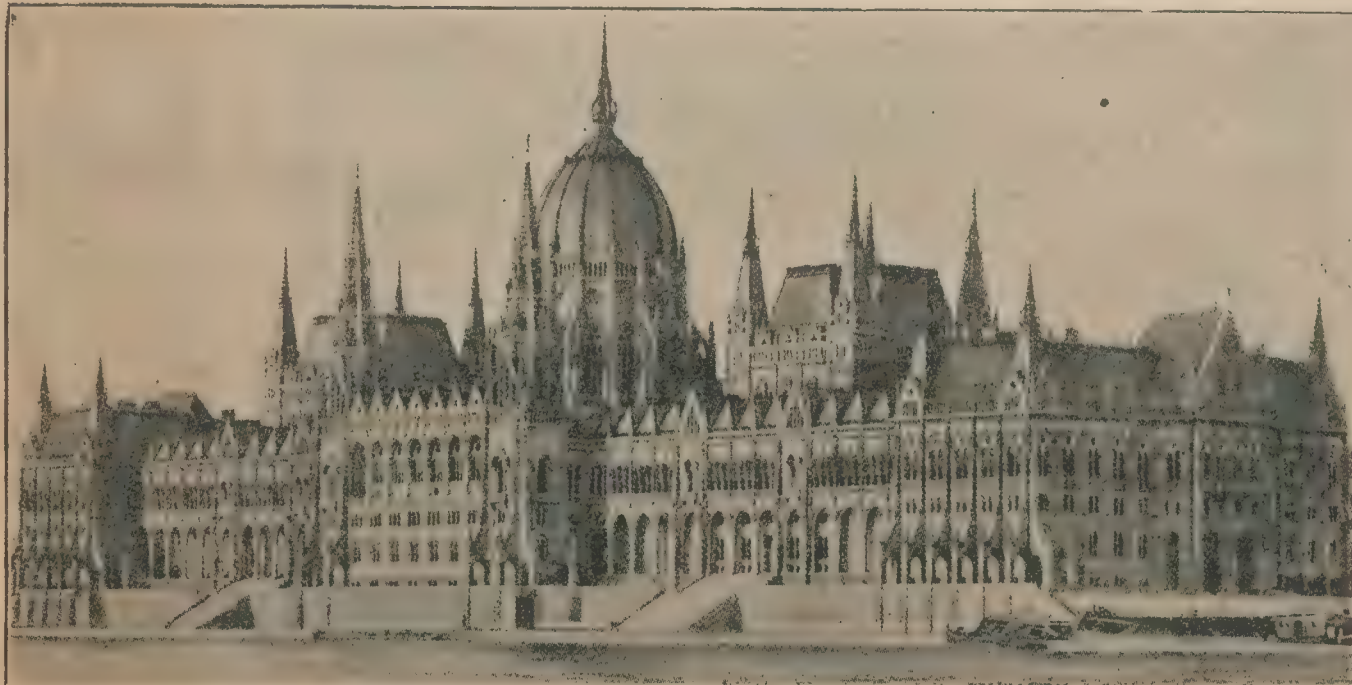
LA CAPITAL DE LA REPUBLICA HUNGARA



Budapest.—Palacio de la Academia de Ciencias húngara.



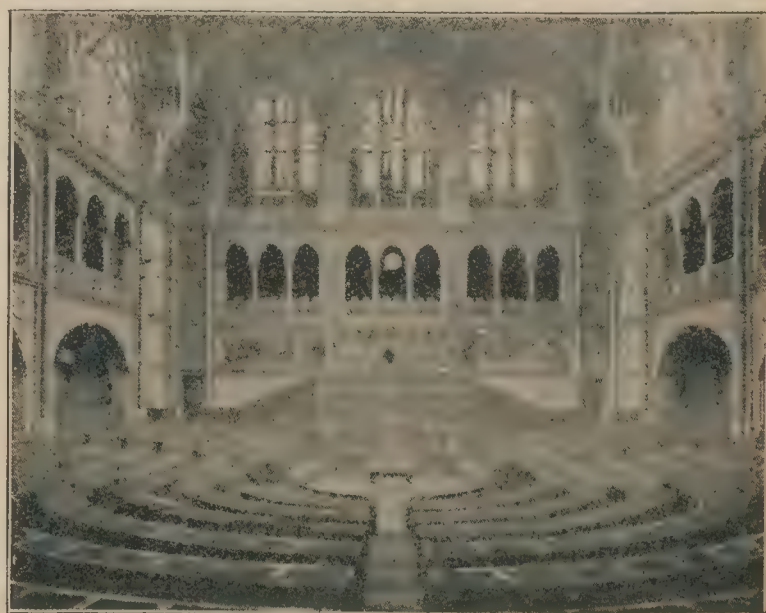
El edificio del teatro de la Opera.



El parlamento, que se levanta a orillas del Danubio.



Uno de los grandes puentes de Budapest.



Interior del recinto de la cámara de diputados.



El muelle Giuseppina



Plaza de San Juan. A la derecha, el monumento a Giuseppe Verdi



Plaza de la Bolsa

ITALIA EN TRIESTE

LAUREL LATINO

¡YA!

*Vibra en los aires la canción de guerra,
marca el momento crítico el destino,
las horas de Magenta y Solferino
vuelven el reloj del tiempo a señalar.
Palpita el suelo de la Italia entera,
desde el mar a la cumbre solitaria,
¡la tierra de una gloria milenaria
que es mitad de la gloria universal!*

*¡Renueve el lauro la legión latina,
sea mi raza la raza soberana,
torne a aletear el águila romana,
brille de nuevo el astro de Austerlitz!
¡Como el dios vengador del oprimido,
su férreo golpe a la barbarie aseste,*

*la bandera de Italia clave en Trieste,
la bandera de Francia lleve al Rhin!*

*Del Derecho, que alumbra tu sendero,
sea pedestal tu fuerza portentosa;
a Temis pura, la vejada diosa,
vuelva a poner tu diestra en el altar,
y del Cristo moderno que en Lovaina
hirió el golpe fatal del asesino,
ángel de luz, espíritu latino,
¡vé a levantar la losa sepulcral!*

HORACIO H. SIVORI.

25 de mayo de 1915.

(Poesía escrita con motivo de la entrada de Italia en la guerra)



Reunión de representantes de numerosas instituciones italianas, realizada en la legación de Italia, el martes de la semana anterior, a invitación del ministro, señor Cobiachini, y en cuya asamblea se acordó destinar un millón de liras para remediar los daños causados por el enemigo a los habitantes de Trento y Trieste, y dos millones de liras que deberán ser invertidos en la creación, en tierra irredenta, de un sanatorio para los tuberculosos del ejército y la armada.

La Italia inmortal, reverdeciendo los laureles de sus épicas hazañas, acaba de signar, con la punta de su espada victoriosa, uno de los más grandes capítulos de sus gloriosos anales: el destinado a perpetuar entre las futuras generaciones la ansiada reivindicación histórica que por tanto tiempo se albergara en los pechos de sus nobles patriotas.

Trento y Trieste, los jirones de la propia carne que en hora aciaga fueron arrancados a la patria por la bárbara codicia de aquellos para quienes la norma de su derecho consiste en el despojo de los demás, vuelven al seno de la madre común, tras largo y doloroso cautiverio sellado con noble sangre y constantemente iluminado por la fe inquebrantable con que los hermanos irredentos supieron esperar resignados la aurora de su liberación.

La ardiente aspiración nacional de una patria unida e indivisible, fuertemente encarnada en los pechos itálicos desde los días de Novara, es, al fin, una hermosa realidad del presente; y el espíritu del gran Mazzini, aquel incansable luchador que tuvo por lema "Dio e popolo", habrá flotado entre los pliegues de la enseña triunfal de la patria izada, como símbolo de amor y libertad, sobre

la paz de los pueblos rescatados a la dominación extranjera.

Como no podía menos de suceder, el entusiasmo producido en la colectividad italiana, por las noticias de tales acontecimientos, ha sido intenso en sumo grado. Aparte de las manifestaciones públicas y otros actos realizados en estos últimos días, donde se ha exteriorizado el regocijo que invade a los residentes, se han llevado a efecto otras diversas iniciativas, de resultados más positivos, y en las cuales se ha puesto de manifiesto el vehemente deseo de la colectividad de aportar su valioso concurso en favor de las regiones redimidas, destinando a su auxilio importantes donativos en metálico que ya alcanzan a varios millones de liras.

De este modo, el espíritu fraternal y patriótico de los italianos radicados entre nosotros, colabora dignamente en la gran obra realizada por el admirable heroísmo de sus hermanos.

La justicia de la reivindicación política con que Italia cierra el ciclo de su fecunda acción militar, asegura para su causa las simpatías generales, y Fray Mocho, asociándose a este sentir, congratúlase sinceramente por el hermoso triunfo del pueblo amigo.



Ribera de Barcola



Edificio del Lloyd



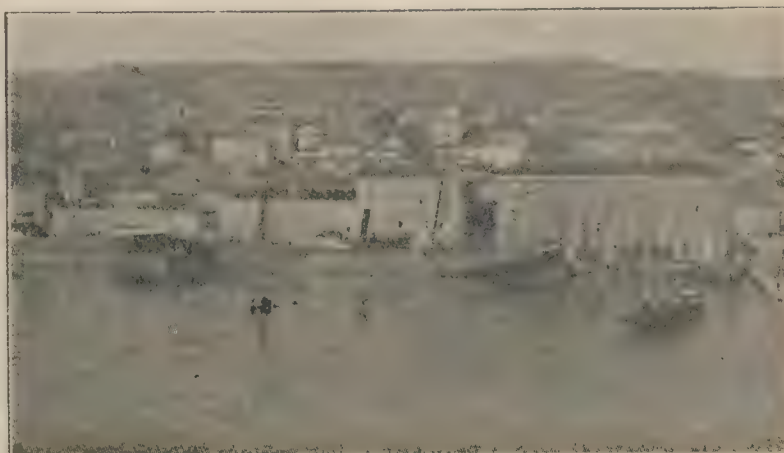
Palacio de la municipalidad



EN FIUME FLAMEA LA BANDERA TRICOLOR



Arco romano en la ciudad vieja de Fiume.



Fiume, vista desde el puerto



Tipo de embarcación costera.



Susak, población croata situada cerca de Fiume.



Embarcadero en el canal Fiumara.



Palacio del archiduque José, en Fiume.



La torre de la municipalidad.

os
as
en
ne
ne
ta
na
os
al
pi
dor
do
a-
s

1/
a
gi.
ta
vi
d.
d
t
It
as.
Fo
h

UN DISCURSO

Cuando Teodoro Herzl fundó la Liga Sionista, los hombres civilizados saludaron la esperanza renovada de Israel como si ante sus ojos incrédulos se extendiera, bruscamente, el panorama quimérico de un sueño que se realiza. Católicos de Francia y protestantes de Inglaterra y de los Estados Unidos manifestaron su simpatía por la vuelta de los hebreos a su patria antigua y a su antigua ciudad y hasta parecía que en la conciencia unánime del mundo se agitaba el vago recordamiento de haber presenciado sin protesta el largo martirio de un pueblo, que es algo así como una Bélgica de dos mil años.

Sólo en el ámbito germánico, de donde era precisamente el iniciador, resonaron los acentos contrarios y se formularon las argucias equívocas del antisemitismo oficial. Los doctores de las universidades, que instruirán la mansa grey de sus aulas en la física siniestra de la muerte y en la sabiduría espantosa de la iniquidad, hallaron graves razones y metódicas doctrinas para oponerse a la idea que emocionó a los Fabianos de Londres y a las almas libres de París, cual si fuera la alucinación destumbradora de un poema. Fundaban su negativa los sabios, que en nuestros días justificaron el crimen cometido con los belgas, en el concepto ancestralmente prusiano de los "hechos consumados": Jerusalén no pertenecía ya a los judíos porque otros la ocupaban.

Reconocemos en este raciocinio perentorio y brutal la filosofía y la moral de los alemanes. "Los hechos consumados" significan la ley de la fuerza contrapuesta a la ley del espíritu y es esta misma filosofía y esta misma moral las que han impulsado a los políticos y a los estrategas de Berlín para lanzarse sobre las naciones civilizadas de Europa y abnegadas en una ola de sangre y de ignominia. Iban a lograrlo con lo primordial de un sistema, que es la fuerza, según hemos dicho, mientras que los destinados a su yugo se apoyaban apenas, en esa cosa débil y venerable, que es la justicia y en esa cosa débil y augusta, que es el derecho. Mas he aquí que después de cuatro años de brega sombría comprueban las huestes de los imperios centrales que nada hay más fuerte bajo el sol, que esos pueblos, que en vez de consagrarse a la forja de cañones monstruosos se entregaban en la paz benéfica al cultivo de los ideales humanos. Son invencibles porque se modelaron en la libertad y se edificaron en la suprema noción del decoro. Por esto cada soldado que cae luchando contra la nueva invasión de los ejércitos góticos, abre con su cuerpo, al caer, la fosa del enemigo. Y éste halló de tal modo su primer sepulcro en el territorio inmolado de Bélgica.

Han querido someter la humanidad entera al filo de su espada, sin pensar que tropezaría, estrellándose, contra un muro de firme roca y hasta hoy sólo una pulva partir la roca, pero era espada francesa, la Durandal de Roland, paladín del emperador de la barba florida. Es la espada que se multiplica en las manos de los guerreros aliados. Ella resplandece en la hora memorable en que vivimos y su reflejo anticipa la llama generosa de los corazones que pronto se recogerán con la victoria definitiva.

Entonces vibrarán en la acústica del espacio las grandes palabras de alabanza; entonces sonarán las laudes de los héroes incomparables. Dirán el himno infinito las voces todas

de la tierra libertada, las almas todas, redimidas por el esfuerzo sobrehumano de las gentes actuales y bastará nombrar parcamente, como en los versículos bíblicos, a las patrias vencedoras — Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Italia Bélgica, — para que mostremos la gratitud indescriptible en el éxtasis mudo de las lágrimas.

Y junto con la Alsacia y la Lorena recuperadas, junto con las nacionalidades devueltas a su primitivo albedrío, habrá un apellido humano más entre los apellidos humanos, que cobijado a la sombra universal del patibulo de Inglaterra, repetirá el anuncio estremecedor de la generación fundadora de la Argentina:

Se levanta a la faz de la [tierra]
Una nueva y gloriosa na- [ción].

Porque tal es la voluntad justa de Inglaterra. Tengámoslo presente los que amamos la libertad y la justicia, por cuya defensa es siempre dulce morir. Tenedlo presente, vosotros, legionarios de Palestina. No olvidéis que la bandera que os entregan esta noche y que lleva en el centro de sus pliegues el emblema milenar de Sión, flotará en los lugares sagrados al lado del estandarte de la nación británica: ella ha ganado la amistad del mundo porque afrontó la incertidumbre inenarrable para salvar la civilización; ella hizo comprender, con su energía silenciosa y profunda, a las hordas negras de la barbarie, que el principio del honor y la regla inflexible de la moral se imponían al fin y regirán en adelante la existencia de la sociedad. Tendió sobre los mares inmensos la barrera viva y potente de sus navios y rodeó el globo total con la amilla titánica de sus máquinas, que encierran a las tribus resistentes de la Germania contemporánea como en una jaula mortal. Ella, la geminadora del trabajo proficuo; ella, la que cantó hasta la aurora aciaga la honesta fatiga de las fábricas pulantes y exaltó en la India remota y en las frescas Américas, las organizaciones fecundas y las renovaciones hermosas, llevando a los confines lejanos, a las selvas perpetuamente nocturnas, a los desiertos ardidos, el miel de su épica gesta, el verso shakespearano de su idealismo, la nobleza de su austera confesión; y encendió a lo ancho de los campos desconocidos, en cada pedazo de carbón de Cardiff, la gloria ciclópica de sus fraguas transformadoras y puso en el soplo de los vientos marinos el "God save the king" y en el bélico rumor de las armas triunfantes la melodía lugareña de Tipperary, y es símbolo suyo el león indomable y el fiero unicornio, que apacigua la presencia de la doncella pura; ella, omnimoda y gigantesca, salió de su recinto de costas blancas para vengar la honra ofendida de los demás y romper la red de cadenas que se cer-

nían sobre los pueblos angustiados.

Pero no es aún lo completo de su obra maravillosa. Aun quiere añadir a tan insigne portento el don de un benéfico imprevisto y es guiar a la familia proscripta, como en la edad olvidada lo hiciera la mano fuerte de Jehová, hacia su tierra inmemorial, bajo cuyo cielo vagan todavía las imágenes domésticas de la raza y se oye todavía el eco de las anunciaciones divinas.

Cuando estéis, legionarios, cerca de las puertas de la ciudad sublime, donde en centurias distantes vivieron los hombres que amasaron en el idioma de Moisés la miel del cántico y ulularon el sollozo eterno de la cautividad; donde moduló sus salmos el rey vencedor del gigante estúpido, como ahora acontece, y donde el príncipe único alabó en el jardín delicioso la suave gracia de la mujer y compuso las dolientes sentencias y los proverbios perdurables; cuando estéis a caso trecho de los acueductos en cuyo fondo percibieron los tristes combatientes de Bar Coziva—El Hijo de la Estrella—para rescatar del ajeno dominio la heredad de los mayores; cuando pongáis vuestros ágiles pies de soldados sobre las huellas de los santos varones, y soñéis en las no-

ches de blanda luna con la novia que os vió partir y os dió por bendición de la ruta heroica el beso delicioso—"porque su amor es mejor que el vino"—acordaos, legionarios de Israel, que si no teméis el peligro y os anima el brío del coraje, victorioso, es porque aprendisteis en el suelo argentino la lección primera de la libertad y de la justicia, que forman el doble sacramento de los países aliados. Os lo dice el sacrificio conmovedor de Bélgica, os lo repite la Francia inmortal del Marne y de Verdún, lo proclama con serena potencia un grande rey de almas, el presidente de los Estados Unidos.

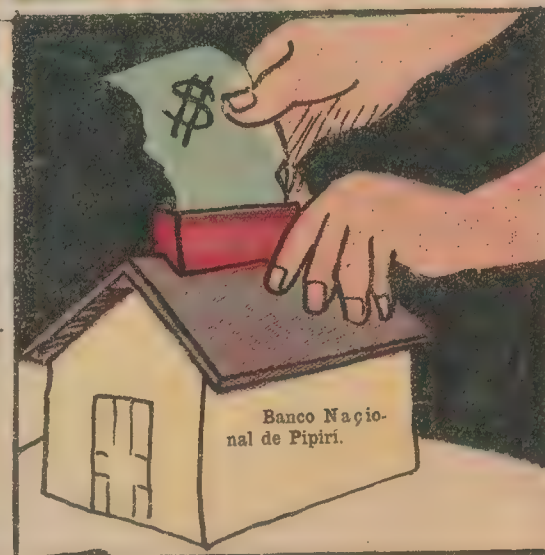
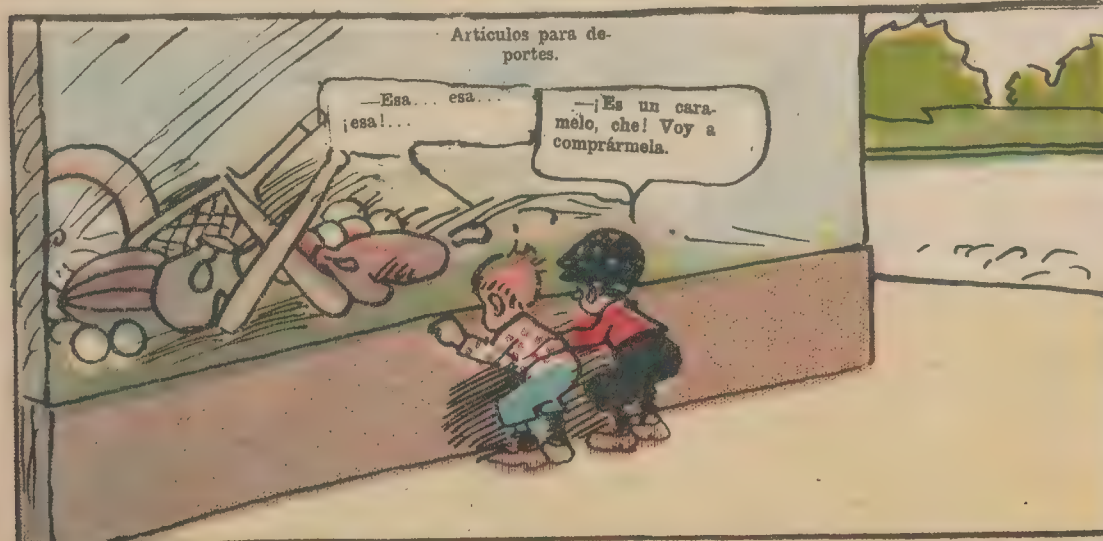
Cuando selléis con la bravura o con la sangre vertida la recuperación gloriosa, pensad en los hermanos desolados que sufrieron tanto. Precedéis la vuelta a sus lares de masas humanas que fueron perseguidas con el látigo y con la afrenta. Al encontrarse en los prados y en los páramos de la tierra milagrosa, consagra el vuestro recuerdo a los mártires de las juderías dispersas y de los ghettos fangosos y pensad en los valientes conservadores del credo natal que inscribieron en un subterráneo, que era su iglesia, al lado mismo del quemadero de la In-

(Continúa después de la página infantil)



"¡Aplasta al huno!"—uno de los carteles premiados en los Estados Unidos, que solicitaron el mayor esfuerzo de los obreros para la construcción de buques.

PAGINA INFANTIL. -- Aventuras de Pipirí.



Continuación de
"Un discurso".

quisición: "Rogad a Jehová a pesar de la hoguera".

Y bueno es que lleve a vuestra memoria la sombra de una vida superior y bella que resume las virtudes estoicas y la resistencia dolorosa del pueblo hebreo. Iréis a Palestina sin que alguien os relate las nobles inquietudes de Jehuda Halevi, que dedicó sus días en la plenitud del florecimiento judío en España al amor de las letras poéticas y al culto piadoso de Jerusalén? Las musas amables encantaron la paz de sus horas. La gente de Toledo le veneraba por su saber fructuoso y transcurrió su existencia, que adornaba con himnos místicos y con trovas de profana hermosura, en aquella época en que ya se presentía, a través de la uniformidad naciente de la política antisemita, el terror inquisitorial, alumbrado por el fuego de los autos de fe, en el cual hay que ver, como lo aconseja Ayala, "más codicia de robar que devoción". Jehuda Halevi lloró en sus cantos la pérdida de la patria dichosa. Jeremías de la Edad Media, elevó en la Sinagoga hispánica los truenos tremendos y en su hondo cautiverio se le aparecía la capital del reino desvanecido, la silueta embutida de Sion, que según dice el profeta—"es vuelta vinda"— como emblema de los dolores y padecimientos de la nación condenada. ¿Hay acaso en otra lamentación, posterior a los ancianos de la esclavitud bíblica, voces de más lúgubre llanto? Ni las honras tributadas a sus méritos, ni la distinción de su casa, ni los halagos seductores de la riqueza consolaron su corazón desgarrado. Fuese en peregrinación a Tierra Santa y como los profetas, entró a las calles de Jerusalén, con los pies descalzos, recitando su elegía a la ciudad que en los días borrados levantaba en el firmamento suntuoso el esplendor de su templo y la gloria de sus torres altivas. Al verlo de este modo singular, un musulmán lo aplastó bajo su caballo. Es así como murió el último bardo de Jerusalén.

Los judíos de hoy tienen también su enemigo en el Musulmán, que es el socio de las rojas matanzas del kaiser. Mas la hora solemne se acerca; la hora del destino se aproxima y ya nos sentimos mejores y más justos, más altos y más puros, porque asistiremos al cumplimiento de la sentencia irrevocable, porque presenciaremos el alumbramiento misterioso de la vida nueva, la liberación de los pueblos que han luchado para vindicar la dignidad de la especie humana.

La hora se acerca; el triunfo se anuncia en el ruido de las armas que van hacia las riberas intactas del Rhin, a redimir, después de vencidas, al son de la Marsellesa, a las dociles muchedumbres teutónicas, que así serán a su vez beneficiarias de la prodigiosa epopeya, pues es ley de los hombres civilizados sembrar la civilización y no imponer los dogales del odio.

Horá será de los judíos. Los que no caben en los territorios cargados de rencores, los que son víctimas en alguna parte, o por emoción de poesía o unión devota quieran retornar al predio fabuloso, tendrán en la Palestina el acogimiento maternal, mientras otros proseguirán su vida, ciudadanos de su país, como el que esta noche os habla, en nombre de los que cifran en la Argentina, todo su patrio amor y que se libertaron en la comunidad del trabajo formidable y en la armonía de las ideas fraternales, de los reuelos arcaicos y de las agrias discordias.

¡Oh día venturoso! ¡Oh día sin par a lo largo del tiempo! ¡Quién dirá la canción insuperable cuando el sol lo

Obsequio del Polvo Graseoso: LEICHNER



\$ 4.650 — 1.287 PREMIOS

Los propietarios del afamado Polvo Graseoso LEICHNER, queriendo agradecer el constante favor que las damas vienen dispensando a su exquisito producto, han resuelto obsequiar \$ 4.650 moneda nacional de curso legal, distribuidos en 1.287 premios, bajo las siguientes

BASES Y CONDICIONES:

1 Gran Premio.	\$ 500.00
1 Segundo premio.	250.00
2 Terceros premios, de \$ 100.00 c/u.	200.00
5 Cuartos premios, de \$ 50.00 c/u.	250.00
10 Quintos premios, de \$ 25.00 c/u.	250.00
50 Sextos premios, de \$ 10.00 c/u.	500.00
100 Séptimos premios, de \$ 5.00 c/u.	500.00
1.000 Octavos premios, de una caja del Polvo Graseoso LEICHNER, de 1.50 c/u.	1.500.00

1.169 \$ 3.950.00

y los siguientes premios adicionales, para aquellas personas que envíen la mayor cantidad de cuartetas, sean o no premiadas:

1 Gran Premio.	\$ 200.00
1 Segundo premio.	100.00
2 Terceros premios, de \$ 50.00 c/u.	100.00
4 Cuartos premios, de \$ 25.00 c/u.	100.00
10 Quintos premios, de 5.00 c/u.	50.00
100 Sextos premios, de una caja de Polvo Graseoso LEICHNER, de \$ 1.50 c/u.	150.00

118 \$ 700.00

Total de premios: 1.287 — Total: \$ 4.650.00

Para poder optar a estos premios, las condiciones son las que siguen:

Remitir una cuarteta haciendo referencia al Polvo Graseoso Leichner, la que debe ser escrita en castellano.

Cada cuarteta debe venir acompañada con la mitad adherida a la estampilla fiscal que indica "Polvo Graseoso LEICHNER" y firma, que trae cada caja de polvo. (Ver indicación al pie, para mayor entendimiento).

No será tomada en cuenta ninguna cuarteta que no se ajuste a estas condiciones, pudiendo cada persona enviar la cantidad de cuartetas que quiera.

El primer premio, de \$ 500.00, será otorgado al mejor verso (cuarteta), y en orden de mérito los siguientes premios.

No habrá división de premios, y el jurado será formado por redactores de "Caras y Caretas", "Atlántida", "Mundo Argentino", "Fray Mocho" y "El Hogar", cuyo fallo será inapelable.

Todas las contestaciones deberán ser dirigidas a "Concurso Obsequio del Polvo Graseoso LEICHNER", a/c. de "Fray Mocho", Pasco Colón 1266, Buenos Aires.

La casa Mendel y Cía. se reserva el derecho de publicar o no las cuartetas, y semanalmente se publicarán algunas.

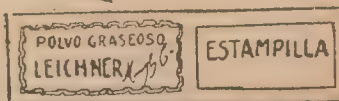
Este concurso queda abierto desde la fecha y se clausurará indefectiblemente el 31 de marzo de 1919, a las 6 p. m.

MENDEL & Cía.

BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

Esta es la parte de la estampilla que hay que enviar.



ilumina, quién el Piat enorme de la era humana que se abre? En el gran apaciguamiento de las ciudades devueltas a la útil faena; de los valles restituidos al cortijo y al arado, a la paloma y a la flor; de los ríos y de los mares cubiertos de naves pacíficas; en la Bélgica, glorificada y entronizada; en la Francia, monarca de naciones, en el agro de los romanos, en los puertos de Grecia, en la Serbia reconstruida, en la Rusia de mañana, en el Trieste heroico, en la dilatada Inglaterra, en las metrópolis resonantes y creadoras de los Estados Unidos, en las pampas argentinas, generadoras de dicha, en la Jerusalén salomónica, en los emporios del Brasil, en los caminos de la Arabia—y hasta en la Alemania arrepentida—el mundo entero celebrará la victoria máxima cantando el himno de los hombres libres:

“Le jour de gloire est arrivé”.

Alberto GERCHUNOFF.

Mala suerte

Un excelente jugador de football, a quien se debía una sonada victoria de su team, fué festejado por sus compañeros demasiado copiosamente y en un estado de discutable equilibrio, pues el lastre alcohólico tiene un efecto contrario al de los otros lastres, emprendió con dificultad el camino a su casa, pensando en su camita. Seguramente no llegó a ella, pues a las cuatro de la mañana un policaman lo descubrió durmiendo en un umbral.

—Vamos, amigo, levántese—le dijo indulgentemente, al mismo tiempo que le proyectaba en la cara la luz de una linterna eléctrica.

El jugador se incorporó, entreabrió los ojos y, deslumbrado por la luz viva de la linterna, exclamó:

—¡Lo que es la suerte! ¡poto partido con el sol de frente!

El pedicuro del zar

El ex zar de Bulgaria, Fernando, es propietario de unas formidables extremidades inferiores, cuya salud es objeto de su viva preocupación.

Por consiguiente, siendo soberano concedía la mayor consideración al encargado de ellas y llegó a ser en la corte un personaje de importancia; en breve tiempo el pedicuro del ex zar recibió todas las condecoraciones oficiales. Al verle tan respetado, un personaje extranjero que visitaba la corte preguntó quién era.

—Ése—le contestaron—es uno que ha hecho camino... con pies ajenos.

Criaderos de tortugas

En el Japón, en los Estados Unidos y en Inglaterra, se acostumbra hacer un importante consumo de tortugas, aumentando en razón de la carestía de carne vacuna. Esas tortugas comestibles no pertenecen a la misma especie que las que se ven comúnmente en los jardines, sino a otras variedades, las principales de las cuales son: la “tenrapán”, pequeña tortuga de mar que se cria en las costas del Atlántico, en los Estados Unidos; la “tortuga verde” de las Antillas, cazada sobre todo en los arrecifes madreporicos de Jamaica, y la “tortuga mordiente”, del Japón y de Norte América. Esta última debe su nombre a que se aferra con la boca a cualquier objeto que se le tienda, al cual no larga por nada. El Japón es el único país en que se crían “tortugas mordientes”. En algunos criaderos de los alrededores de Tokio se produce más de 20.000 por año, en vastos viveros, algunos de los cuales cubren más de 6.000 metros de superficie de tierra y playa cubierta por las aguas, pues la tortuga comestible es un animal acuático. Cada tortuga pone, dos ve-

ces por año, un centenar de huevos. En los criaderos estos huevos son recogidos diariamente y depositados en lugares expuestos al sol, donde al cabo de 60 días nacen los animalitos. Se alimentan a éstos con pescado cortado como picadillo. Se desarrollan lentamente pero se obtiene buenos precios en el mercado. Las más solicitadas, que son las que tienen cinco años, pesan hasta 80 libras.

El gallo y las veletas

Las veletas datan del tiempo de los romanos. Primeramente, en las torres y en los castillos, afectaban la forma de una bandera, pero en los campanarios de los edificios eclesiásticos llegó a ser la figura del gallo la forma corriente.

Una autoridad en la materia dice que dicha ave servía para recordar al clero la vigilancia.

Hubo también razones simbólicas para adoptar la figura del gallo.

La cruz se ponía sobre una bola para simbolizar la redención del mundo por Cristo, y el gallo, según algunos autores, se colocaba encima de la cruz como recuerdo del arrepentimiento de San Pedro. Pero otros afirman que la costumbre de adornar las torres con una cruz y un gallo se deriva de los godos, los cuales llevaban la citada ave como enseña guerrera.

En tiempos remotos se colocaba el gallo en la copa de los árboles sagrados, y en el norte de Alemania toda-

DADIVOSIDAD OBLIGADA



—¿Qué ha hecho ese mozo para que le des una propina tan soberbia?
—Te parece poco soberbio este gabán de pieles que me ha puesto sin ser mío?

vía se pone sobre las cueñas.

Se le consideraba tanto como vigilante como profeta del tiempo, y se creía que con su canto ahuyentaba a los malos espíritus y a todas las calamidades. Su vida era sagrada en la India y en Persia, y Cicerón decía que los antiguos estimaban el acto de matar a un gallo como un crimen tan horrendo como el de parricidio.

Los gallos-veletas son, indudablemente, restos de aquellas viejas ideas.

FOOTBALL

Segundo GRAN CONCURSO de “FRAY MOCHO”

El éxito obtenido por nuestro primer concurso de football, y las numerosas cartas recibidas en el sentido de que organizásemos otro de la misma índole, nos han decidido a complacer a los lectores, instituyendo al efecto un nuevo certamen de tal naturaleza.

Este concurso consiste tan sólo en acertar lo siguiente:

¿Qué jugadores son los que aparecen en la fotografía publicada en esta página y en qué partido intervinieron?

A fin de facilitar las soluciones, participamos a los aficionados que dicha fotografía se publicó ya en FRAY MOCHO y podrá encontrarse del número 1 al 120 de nuestra revista.

No es necesario precisar la fecha del partido, ni tampoco el resultado del mismo.

Los solucionistas deberán enviar el cupón que va al pie y llenarlo con letra clara a fin de evitar dudas y confusiones.

Cada lector podrá enviar cuantas soluciones desee, pero es imprescindible usar un cupón para cada una de ellas.



Las soluciones podrán remitirse a las siguientes direcciones:

Redactor Sportivo de “Fray Mocho”, Paseo Colón 1266, o a nombre del señor S. Kesler, Venezuela 1295-99—Concurso de “Fray Mocho”, Ciudad.

Se otorgarán como premios 25 pelotas de football número 5, fabricadas por la casa S. Kesler, Venezuela 1295-99.

Esos premios se sortearán entre 25 de los lectores que acierten la solución exacta.

En una de las vidrieras de la casa Kesler estarán en exhibición las pelotas de football que se otorgarán como premios, y allí podrán verlas los interesados.

Este concurso será clausurado el día 14 de noviembre a las 8 p. m., después de cuya hora no se admitirán cupones ni en esta redacción ni en la casa Kesler.

Las soluciones y el nombre de los agraciados se publicarán en el número de FRAY MOCHO correspondiente al 26 de noviembre y oportunamente se indicará la hora y el sitio donde tendrá efecto el sorteo.



GOAL GRAN FÁBRICA DE PELOTAS DE FOOTBALL Y FANTASÍA

Santiago del Estero 494 — Venezuela 1295/99

Unión Telef. 6092, Libertad

Tipos selectos para Clubs y Matches

Elaboración extra. Materias primas superiores.

Gran variedad de modelos para propagandas. Precios especiales.

FRAY MOCHO — Segundo concurso de football. CUPON.

Los jugadores del team publicado son:

- | | |
|----------|----------|
| 1. | 6. |
| 2. | 7. |
| 3. | 8. |
| 4. | 9. |
| 5. | 10. |
| 11. | |

Intervinieron en el match.

Remitente:

Nombre y apellido.

Domicilio.

MOMENTOS DE UN VIAJE

POR TIERRAS DE FRANCIA Y ESPAÑA

(Del libro "La fuerza injusta", recientemente aparecido).

Los últimos acontecimientos acaecidos y cuyo remate es la condena inhumana del comité de huelga por los tribunales de justicia militar, deben llevar al espíritu la sensación de presagios halagüeños, por cuanto ellos nos revelan que no toda España vive sumida en el somnoliento cansancio árabe que le atribuyéramos. Los ánimos se reconfortan y la fe se limpia de dudas ante los significativos síntomas del próximo despertar del pueblo español. Hermandades de raza y de idioma, siembran interés y simpatía a favor de las ideas nuevas y de los hombres empeñados en remozar la vida del año solar.

¿Asistirán esos hombres al triunfo de los ideales regeneradores? ¿Se acerca la hora final de la monarquía española, impotente, inepta, egoísta, regresiva, miedosa hasta el punto de haberse colocado al margen de los acontecimientos internacionales, en desmedro de su soberanía y de los intereses de la nación? El escéptico responderá: no. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque en España la fuerza de los prejuicios es incalculable; la iglesia disfruta toda clase de privilegios y gasta innumerables influencias, sirviéndole a guisa de puntal la espesa ignorancia y la empinada modorra del pueblo. Si a esto se añade la tozudez de las clases adineradas y gobernantes, empotradas en el mal entendido culto de una tradición secular, se comprenderá, entonces, la intensidad del esfuerzo de quienes desean y vislumbran otro estado de cosas, social y político. ¡Es duro navegar contra el viento, pero se navega!

Los tradicionalistas españoles lo son en el peor y más antipático sentido. El amor o el apego al pasado les nubla las realidades circundantes. En plena decadencia, no tienen noción de ella; ni la ven ni la sienten. A fuerza de meditar en la fenecida grandeza, sincera y orgullosamente logran vivir como en los tiempos en que el sol descomulgaba el ocazo en los dominios de Carlos V. El español de semejante catadura, renuncia a lo nuevo en obsequio a lo añejo, a lo que vendrá por lo que fué. Necesita moros para expulsarlos. ¡Santiago a ellos! Y si le faltaran moros, va por ellos a Melilla; o, lo que es más grave, los fabrica en su propia casa, amasándolos con carne y huesos de compatriotas.

Esta vez, por desgracia, a Besteiro, Largo Caballero, Anguiano y Saborit, les ha sido aplicado, por los tribunales de justicia militar, el legendario y tremendo ¡Santiago a ellos!

Llegué a Madrid en la segunda quincena de marzo de 1915; mas ya no llevaba en el espíritu la lozana alegría del turista de otros tiempos, animoso y libre, para quien no existían pasaportes ni fronteras. Es que en Francia había visto la guerra con mis propios ojos; había visto marchar a todo un pueblo al sacrificio infame, y obedeciendo a irresistibles impulsos, había acompañado a los regimientos hasta las estaciones del ferrocarril, entre flores y acentos y acordes de Marsellesa, apenumbra el alma con el sollozo de las madres y el beso de las novias. ¡Ah las horas de zozobra! En más de una ocasión voló la muerte por sobre los tejados de mi vieja casa, allá arriba, en los divertidos de Montmartre. Y luego, en los días preliminares del inolvidable septiembre, la cuasi fuga, rumbo a Burdeos, en el furgón de un tren militar, largo y lento, recorriendo en la noche rutas ignoradas y anidando en lo más íntimo la desesperanza de no volver a disfrutar por siempre ja-

más la tranquilidad y los sanos encantos de la ciudad amenazada, abandonada y amada. Y mi estada en Burdeos, en donde, por así decirlo, había volcado todo París. Vivo aún el momento: a falta de hoteles y casas de pensión disponibles o accesibles, dado el escaso contenido metálico de mi bolsa, hube de pasar una noche intemorable y fría en un banco de la plaza del mercado, abrigándome el consuelo de pensar que el desdichado y glorioso Juan Jacobo hiciera lo propio en las plazas de Lyon. Y el viaje a España... Nunca me pareció tan bella la región de los bajos Pirineos. Acaso fuera por el contraste con las regiones invadidas y desoladas: el sol tibio del país vasco, el cielo azul, transparente y alto, las coquetas carreteras, las casitas blancas, las huertas floridas y los cementerios floridos como huertas. Bayona, Dax, San Juan de Luz, Hendaye, con las venturas de la paz borraban de la memoria y de las pupilas del viajero el recuerdo de la guerra y la visión de la muerte.

Mi residencia en San Sebastián bastó para que me diera cuenta de cómo se pensaba y sentía en España con respecto a la guerra. Un gobierno abúlico, el del señor Dato, presidía el país, empeñado en una neutralidad terca, rencorosa y ciega. Dos bandos, uno de ellos más vigoroso que el otro, sostenían a diario virulentas polémicas; aquí los clericales, los conservadores, los militares, anhelando el triunfo de Alemania por odio vengativo a Inglaterra (¡el pañón de Gibraltar!, el desastre de Trafalgar!), y a Francia, por el territorio que le atrapara, por el liberalismo de su gobierno y por las crueldades de la invasión napoleónica... ¡todavía! Allí los liberales, los republicanos, los socialistas, tirando cada uno para su lado, pero coincidiendo en la misma simpatía hacia la causa aliada por el alto significado de su guerra: antimilitarista y antiteocrática. A estos bandos podría agregarse otro, el compuesto por los amoríos, por los que cierran los ojos para no ver, como si con ello lograsen, no sólo alejar la realidad, sino que también substituiría ficticiamente con otra, la que más le agrada a ellos. Detestable posición espiritual, por cierto.

Desde la casa de viajeros en la cual me hospedaba, situada en la bulliciosa Puerta del Sol, ¿cómo me trasladaría hasta la redacción de "El Socialista", en la calle del Pez? ¿Me valdría para ello de un tranvía o de un coche? Ni lo uno ni lo otro. Apelaría al excelente y provechoso vehículo de mis piernas. El turista que gasta automóvil, que no se aventura en el remolino de calles de una ciudad desconocida, que no se orienta y sale de apuros aguzando su propio ingenio, a no dudarlo, pasará por todas partes con la inconsciencia y la irresponsabilidad de un baúl. Veo con el recuerdo las calles de Londres, París, Roma, Madrid y tantas otras, y de ellas veo hasta el color de los edificios y las inscripciones de los letreros de los comercios...

Ciceroneado con los informes requeridos a los transeúntes—y así se aprende a hablar, de paso,—llegué a la calle del Pez, un callejón más bien, semejante a los que se encuentran en el viejo París.

Tercer piso. Un cordón de campanilla de casa modesta y tranquila. Se abre la puerta, y un portero que no tiene aires de tal, lleva mi tarjeta. Al punto se me hace pasar. El director, por entonces Eduardo Torralba

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLÓN, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA
En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 M/N

Se vende en: Bm.é. Mitre 2010, Bernardo de Irigoyen 186 y 259, Bolívar 270, Callao 368, 494, 575 y 713, Carlos Pellegrini, 269 y 611, Corrientes 821, Esmeralda 218, 221 y 384, Florida 16 y 371, Montevideo 1088, Moreno 500, Rivadavia 581, Victoria 719 y en las librerías de las estaciones de ferrocarril de la Capital.

Los pedidos del Interior, acompañados de su importe, deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088

Buenos Aires

Beci, enjuto, ojos vivaces y bondadosos, un tanto desgredado, y si mal no recuerdo con rojas pantuflas, estrechó mi mano con la afectuosidad y maneja que se gastan con un camarada a quien de antiguo se conoce. Y era la primera vez que entramos nos veíamos...

Una pieza pequeña. Una mesa atestada de papeles y periódicos—sin faltar por cierto "La Vanguardia"—llegada con el último correo.—Estantes de libros en los muros y postales fotográficas de renombrados camaradas de todos los países; con agrado encontré las de Justo y Dickmann. Como me señalaran otra, pude salvar un error:

—¿Es éste el retrato de Mario Bravo?

—No, no; ese no es Bravo. Sólo se le parece en el color de la piel y en la cabellera...

Luego supe que a Bravo le confundían con un socialista mejicano cuyo nombre me ha escapado en este instante.

El mismo día, por la tarde, en la dirección de "El Socialista", Torralba presentóme a Anguiano, a Villena, a Melilla y a López Baeza. Todos ellos gastaron exquisitas gentilezas para con el camarada argentino. Fui llevado a la Casa del Pueblo, apreciando debidamente la magnífica adquisición hecha por los trabajadores españoles; lo propio con la Cooperativa socialista y la Casa de socorro del distrito del centro, de la cual era vocal electivo José Villena. Recuerdo siempre a esos excelentes y batalladores compañeros y les saludo.

Cierto domingo—y es ésta, acaso, la más salubre impresión que guardo de Madrid,—Torralba y su esposa tuvieron a bien invitarme a los festejos de una boda curiosa y pintoresca por más de un concepto. El hecho puede referirse brevemente: Un prestigioso afiliado, Laureano Briones, hubo de ser hospitalizado a causa de una tifidea. En la lucha que su organismo, seriamente atacado, mantuviera con la muerte, fué calosamente atendido por una hermana de caridad. Imagínese el lector: la palidez de cirio de aquel semblante, la ternura de aquellos ojos húmedos, la bondad de aquellas manos blancas, y vigilando, vigilando siempre, como una sombra, la más amable, en la noche. Si a todo ello se agregan las inquietudes que debieron germinar en el espíritu de la mística cuando meditara en el próximo destino ultraterreno que le aguardaba al desdichado oprimido en las llamas de la fiebre: un socialista como ése, un ateo, uno de los tantos seres alejados de la gracia divina... entonces, la pobre, la buena mujer, es de creerlo, debió agotar el caudal de sus fervientes oraciones. Mas la naturaleza venció a la fiebre, el hombre

distanciase de la muerte, la lucidez tornó al cerebro y la vida a las pupilas. ¿Y después? Después el satánico convaleciente, arriesgando su primera confidencia, tuvo el honor y la suerte de robarle una esposa al Señor...

Aquel domingo festejábese la boda laica de la valiente pareja. Centenares de camaradas y amigos trasladáronse a "La Moncloa", recreo sito en la Bombilla, huerta agreste en la cual el pueblo madrileño da rienda li-

Cuide su Cabello y Hermoséelo con "Danderine"

¡Gaste algo! La caspa desaparecerá y no se le caerá el cabello.

¡Pruébalo! Su cabello crecerá y se le pondrá ondeado y embellecerá en pocos minutos.

Si le gusta a Ud. tener abundante y lustrosa cabellera radiante de vida; si le gusta a Ud. un cabello suave y sedoso, pruebe Danderine.

Una sola aplicación duplicará la belleza del cabello y destruirá la menor partícula de caspa; Ud. no puede tener una cabellera bonita, abundante y saludable si tiene caspa. Esta costra destructiva le roba todo el lustre al cabello, así como su fuerza y vida, y, si no se combate, produce un estado febril y picazón en el cráneo; las raíces del cabello se aflojan y extinguen; entonces el cabello se cae.

Si Ud. ha descuidado su cabello, y tiene poco, se descolora, está seco, áspero o muy grasoso, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, aplíquese un poco, siguiendo las direcciones que acompañan a cada frasco, y diez minutos más tarde Ud. dirá que este fué el dinero que mejor ha invertido en su vida.

Sinceramente decimos que, fuera de todo lo anunciado, si Ud. desea tener cabellera suave, lustrosa, bonita y abundante, sin caspa, no tener picazón en el cráneo y que el cabello no se le caiga, debe usar Danderine de Knowlton. Si con el tiempo lo va a usar, ¿por qué no ahora?

DEL BUENOS AIRES QUE SE FUÉ



Los portones de Palermo en 1883.

bre a sus expansiones dominicales, y en donde, según se afirma, la reina María Luisa y el favorito Godoy tenían sus muy comentadas entrevistas. Pues allí, en un ambiente jubiloso y cordial, fueron aclamados los recién casados. Se pronunciaron discursos, graves y cómicos; se cantaron himnos, coplas y tonadillas; ni faltó el fotógrafo para perpetuar el recuerdo de la tarde feliz, terminando todo con un animado baile, ya entrada la noche.

Bueno será entonces que los socialistas argentinos no miren con ojos airados a las hermanas de caridad. Siendo mujeres, ya se ha visto como pueden ser esposas y madres. Y como todos estamos expuestos a ser hospitalizados...

Otro día le dije a mi amigo Torralba:

—No he de marcharme de Madrid sin visitar a don Pablo.

—Muy sencillo—respondió.—Hoy a las cinco le visitaremos.

Una Hovizna penetrante y fina envolvía a la ciudad. Sentíamos en aquella tarde de marzo los últimos fríos de un invierno despiadado. Haciendo camino hacia la calle de Ferraz, Torralba refirióme a grandes rasgos la vida de Pablo Iglesias, azarosa y rica en sacrificios; edificante catecismo moral por las virtudes ciudadanas que contiene. No necesitaba, por cierto, que me prepararan el espíritu a favor del grande hombre sencillo. Tampoco era esa la intención del amigo, cuya palabra cálida transuntaba la emoción admirativa del discípulo incondicionalmente fiel y el intenso orgullo del hijo bien nacido. Cultívese ese amor y ese respeto, y no se le confunda zafiamiento con la odiosa idolatría rebañega, odiosa como el desdén de los que se encastillan en sí mismos. No creo en la impersonalidad que buscan algunas inteligencias oscuras y cortas. El ideal abstracto o etéreo es frío y lejano. Para sentirlo me veo precisado a concretarlo, dándole una forma animada y humana. Esto mismo, por otra parte, ha sido la característica de todos los pueblos que acarticiaron un ideal o un sistema político, social, filosófico o religioso. Algunos empacados doctrinarios, los que más reniegan de la personalidad humana, ¡no ven el socialismo y hasta la acción socialista en la severa figura de Marx! Bueno, pues; eso y no otra cosa es lo que quiero expresar.

—Hemos llegado—dijo el gentil cicerone.

Era fácil darse cuenta de que por aquella escalera diariamente subía mucha gente, no siéndole desconocida al pueblo. Leíanse en la pared, hasta el piso tercero, numerosas y expresivas inscripciones hechas con lápiz y carbón.

Al golpe de la campanilla el propio Iglesias abrió a la puerta.

—¿Cómo están ustedes?... —dijo,

con una sonrisa bondadosa y cautivante.—¿Llueve aún? ¡Hace frío!

Sin embargo, en la casa había fuego, haciendo un ambiente amoroso y tranquilo. Bien es verdad que la salud de Iglesias no era nada buena por entonces, y me atrista el pensar que hoy día tampoco lo es.

Como intentáramos quitarnos los abrigos, apresuróse a decirnos:

—Pueden ustedes quedar con el abrigo y el sombrero...

Desde el primer momento el extraño fué tratado como si no lo fuera. Demandó noticias de la Argentina. Comentó la acción de nuestro partido, citando familiarmente los apellidos de ciertos militantes. Al preguntarle por su proyectado viaje a Buenos Aires, respondió:

—Fué una idea de Justo.

Y de seguida refirió su encuentro con el doctor Justo en un congreso internacional. Nunca le agradó el viaje a la Argentina en carácter de conferencista.

—¿Qué he de hacer yo allá? ¿Enseñar socialismo? ¡Bah! cuando cuentan ustedes con maestros! Ello significaría llevar hierro a Bilbao!... Por último acepté, pensando en el proletariado español que trabaja y lucha en aquel país.

Tal declaración fué el arranque de una charla animada. Reconoció la existencia efectiva de un proletariado en la república, afirmando la universalidad de la lucha de clases. Y mudando de tono, brillándole los ojos, ganando energía su semblante ennoblecido por la blancura del cabello y de la barba, dijo cosas del profesor italiano que nos contrató un empresario para decir lo que dijo: la venal simplicia del gato y de la liebre:

—Le traté varias veces. Mantuvinos relación epistolar, pero nunca me agradó ese hombre, nunca le tuve confianza. ¡Un fatuo! Pues ante tamaña comorridad no sé cómo no le arrojaron al agua... ¡Sí, señor!

Prolongóse la conversación abordando diferentes temas. Lo que expresara al comentar la guerra, sus causas, sus actores y sus finalidades, me llevaría lejos si intentara reseñarlo aquí. Mas día llegará en que me será dado describir sin apremio alguno para completar la semblanza de Pablo Iglesias, el hombre bueno, noble, leal, a quien debe considerarse como al más alto exponente del movimiento socialista español.

Cuando ya nos disponíamos a retirarnos, entró un visitante. Era un hombre de buena estatura, un tanto grueso, de barba poblada y negra, de facciones finas y maneras que denunciaban singular distinción. No podía ser sino el profesor Julián Besteiro, el infatigable propagandista de las grandes causas que han de realizarse en un porvenir nada lejano, como es dable suponerlo si se aprecian las hondas inquietudes del pueblo español.

Ricardo SAENZ HAYES.

Overland
TRADE MARK 32C

\$ 3750^m/n.

ESTILO CONFORT y ECONOMÍA

son los rasgos característicos de todos los Modelos OVERLAND, y que se destacan en el Modelo 90, el cual indiscutiblemente es el mejor coche de su precio.

**Cuatro Cilindros - Cinco Asientos
Arranque y Alumbrado Eléctrico
:: Magneto de Alta Tensión ::**



"Modelo 90"

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

EXIGENCIA



—¿Qué dice usted, eh?
—¡Nada!
—Entonces si no dice nada, ¡cállese!

El hermano Bartolo

I

El guardián del convento de Villoldo en la provincia de Palencia, dijo a los frailes de su casa, el día de la víspera de la fiesta anual, que dedicaban al fundador de la regla rusense:

—Hermanos, avísanme desde Valladolid que el reverendo padre Inquisidor general de Castilla, viene a honrarnos con su presencia mañana, día primero del año, en que celebramos el nacimiento de nuestro venerable patrón San Apropio, y debo advertiros que, lo que es yo no predico, conque, veamos quién de vosotros se atreve a hacer el panegírico del santo en presencia de nuestro ilustrísimo huésped.

Los oyentes enmudecieron todos; se calaron las capuchas hasta la nariz, después de mirarse unos a otros; enfundáronse brazos y manos en las mangas contrarias y fijaron sus ojos en el suelo.

—Y no hay remedio,—añadió el guardián,—tiene que haber sermón! Silencio general.

—¡Grave, muy grave es predicar delante del señor Inquisidor, pero... no hay más remedio, tiene que haber sermón!—continuó diciendo el jefe de la comunidad.

—Pues, por sermón, que no quede;—exclamó desde la puerta del refectorio el hermano Bartolo, al mismo tiempo que arrimaba a la pared la escoba con que venía barriendo los pasillos.

Los padres, al oírle, alzaron sus rostros y sus capuchas, y miraron atónitos al guardián y al intruso.

—¿Quién te da a ti vela en este entierro?—gritó el guardián al oírle.

—Padre,—repuso Bartolo,—si no hay quien predique, yo predico.

—¡Pero si jamás lo hiciste!

—Pues por lo mismo, nadie puede asegurar que lo hago mal.

—Y si te escurren y el Inquisidor te coge en sus garras?

—Me escurriré bien para que no me coja.

—¿Sabes la historia de nuestro San Apropio?

—Por fuerza: como que se la he oído predicar a los padres más de cien veces. Pero, además, yo diré mucho nuevo.

—Me temo, Bartolo, que te van a chamuscar en el Campo Grande de Valladolid.

—Descuide vuestra paternidad, que ya sé donde piso.

Tomaron los padres a broma la ingerencia del hermano Bartolo en tan grave asunto; pero, volviendo a lo serio y concreto del caso, la verdad fue que, ni en aquel día, ni en las primeras horas del siguiente, hubo quien se decidiera a encargarse del sermón.

Llegó el Inquisidor general, se preparó la fiesta, púsose paño al púlpito, se cantaron los "Kyries", y el padre guardián, decidido a no decidirse a hablar delante del sabio juez, se volvió en el altar hacia Bartolo mientras leían la Epístola y le dijo:

—¡Anda! sube al púlpito y predica; y que Dios nos asista a todos!

II

Una vez allá arriba, dijo Bartolo con toda humildad y a media voz, un breve exordio que llevaba aprendido de memoria, y luego arremangándose un tanto y alzando la cabeza y la pronunciación, exclamó:

—Aunque los libros no lo consignan, consta de un modo verídico que Apropio, de los treinta años que perteneció a nuestra orden, pasó diez en la cama sin tener enfermedad alguna; y puedo afirmar también que aunque la regla de nuestra religión manda que usemos ropa negra, él vivió, siendo fraile durante mucho tiempo, lo mismo en verano que en invierno, vestido de blanco, todo de blanco!

Al oír estas cosas, el padre guardián se cubrió los ojos con las manos y sintió que se le oprimía el corazón, mientras el Inquisidor general y sus familiares se miraban unos a otros haciendo gestos de extrañeza. En tanto, el predicador continuó diciendo:

—Cuando se postraba a orar, para que hubiera siempre alguna distancia entre su persona y las de los demás, ponía detrás de sí dos plantas vivas invertidas, que por antigua costumbre solía llevar consigo. También era muy chocante en él el que para emprender sus mejores trabajos religiosos, de día encendía luz y de noche la apagaba. Amó mucho la soledad, pero siempre le acompañaron en su celda dos jóvenes que no estaban bautizados. Mientras vivió en la corte, allí donde tratan tan bien a los padres, no tuvo reparo en comer carne de muerto...

La comunidad de Villoldo en masa, temblaba al oírle; el padre guardián se ahogaba y el Inquisidor hizo varias veces propósito y gesto de marcharse, pero se detuvo al ver que el hermano Bartolo gestionaba con las manos suavemente, así como suplicando "que esperasen otro poco".

Y continuó:

—...Dejó el santo de crecer a eso de los dieciocho años, pero sólo aparentemente, porque hasta el día de su muerte siguió creciendo de esta manera: por abajo, hacia adelante; por medio, hacia abajo; y por arriba, hacia arriba y hacia abajo. Refiérese que tuvo especial virtud para quitar

manchas: las antiguas las limpiaba con agua y las modernas con aire. En sus paseos por los montes iba siempre acompañado de unas niñas. Trató a Dios con menos respeto que a cualquier señor del pueblo y...

No pudo resistir más el Inquisidor, y sin esperar a que continuaran el sermón y la misa, se retiró echando chispas por los ojos. El padre guardián no pudo seguirle, porque se había desmayado.

La comunidad y el pueblo entero exclamaron:

—¡Pobre Bartolo! Antes de ocho días estará ya churrumado en las hogueras de la Inquisición!

III

Antes de condenarlo a muerte y conducirlo al quemadero en Valladolid, se leyó ante el tribunal el texto del sermón y se preguntó a Bartolo si se retractaba de cuanto había dicho.

—¡Ni de una sola palabra!—contestó altanero.

El fiscal sostuvo entonces con él este diálogo:

—¿Dijisteis que pasó diez años en la cama sin estar enfermo?

—Sí; porque como dormía ocho horas diarias, es decir, la tercera parte del día, durmió diez años de los treinta que fué fraile.

—¿Dijisteis que vivió muchos años vestido de blanco?

—Sí, porque todos esos años que estuvo durmiendo no tenía puestos más que la camisa y los calzoncillos.

—¿Qué plantas vivas eran las que ponía entre él y las demás personas mientras oraba?

—Las plantas de los pies.

—Decíais que sus mejores trabajos los hizo de día con luz encendida, y de noche a oscuras?

—Es verdad: el mejor trabajo es la oración, y de día rezaba ante las imágenes con velas encendidas y de noche rezaba acostado y sin luz.

—¿Y los jóvenes no bautizados que vivían con él?

—Los gatos de su celda.

—¿Y la afirmación de que en la corte comía carne de muerto?

—La que ha comido allí su paternidad ¿era de vivo?

—¿Y aquellos disparates de que crecía por abajo, hacia adelante, etcétera, etcétera?

—No son disparates; porque crecen siempre hacia adelante las uñas de los pies; y hacia abajo las de las manos en su posición natural; y hacia arriba el pelo de la cabeza, y hacia abajo el de la barba.

—¿Y las manchas que quitaba?

—Las antiguas, las del pecado original las quitaba con agua al bautizar; y las modernas, los pecados del día, con la palabra, que es aire, cuando absolvía al pecador.

—¿Sostendréis que iba con unas niñas por los montes?

—Sí, señor, por los montes y por todas partes iba con las niñas de sus ojos.

—¿Y eso de que trataba a Dios con menos respeto que a los hombres?

—Como vos le tratáis. En el padre nuestro le tratamos a Dios de tú; y en cambio, a cualquier mequetrefe le tratamos de usted. ¿No es cierto?

Los inquisidores, al oírle, se mordían los labios de risa, y el mismo fiscal acusador concluyó por soltar la carcajada.

—Si falté a la verdad, reverendo: padres—añadió el hermano Bartolo—condenadme; y si no, dejadme que vuelva a mi convento a barrer.

El Inquisidor general hizo pedazos el proceso y envió al reo al monasterio de Cardaño de Arriba a que se alimentara durante un año con pan de centeno y agua limpia; prohibiéndole que "nunca jamás" volviera a ocuparse, en serio, ni en broma, de ningún santo, ni persona de respeto del cielo, ni de la tierra.

Sus hermanos, los frailes de Villoldo, consideraron siempre como el mayor de los milagros de la orden el que Bartolo, se hubiera librado de la churrumina de Valladolid.

Ricardo BECERRO DE BENGOA.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531-TUCUMAN-531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, B. Igrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Fracturas - Luxaciones Reumatismo

Kinesiterapia y masaje médico

Rodolfo Cocini

Gral. URQUIZA, 841 U. T. 2264, Mitre

DENTISTAS

J. BONANSEA

Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990. U. T. 3699 (Libertad).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Exterior	En el Interior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . . \$ 3.00
Semestre . . . " 5.00	Semestre . . . " 4.00	Semestre . . . " 6.00
Año . . . " 9.00	Año . . . " 8.00	Año . . . " 11.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	N.º atrasado. 50 "

Dirección y Administración: P. COLÓN, 1266.—U. T. 184 Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, correos, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Segunda Semana del Nene



Organizada por el "Club de Madres" para contribuir a la disminución de la mortalidad infantil.

¿Qué es la Semana del Nene?

La Semana del Nene es una campaña de educación no una institución de caridad.

Es el reconocimiento del derecho a la vida que todo ser tiene por el hecho de venir al mundo.

Es una tentativa por tender la mano a las jóvenes madres inexpertas para guiarlas en el camino lleno de escollos de la maternidad.

Es la contribución más positiva que puede hacerse al progreso de la raza y de la nacionalidad, ayudando al país a acrecentar su población con seres sanos y normales.

Es una demostración de las necesidades que más urge llenar y un llamado a la conciencia pública.

Las estadísticas dicen que en nuestro país, de cada ocho niños que nacen, hay uno que no llega a cumplir los dos años.

La Semana del Nene se ha propuesto probar que es perfectamente posible reducir considerablemente esa pérdida, que representa la de 43.800 niños al año.

Y no sólo se ha propuesto probarlo, sino difundir entre los padres las nociones que han de evitar ese inútil sacrificio.

Usted puede ayudar a esa obra. Usted puede hacer poco o mucho; pero puede hacer algo.

¿Es usted padre o madre? Piense en los que, menos felices que usted, no han tenido oportunidades para ilustrarse, y ven morir a sus hijos sin poder ni saber salvarlos. Nadie mejor que usted puede comprender ese dolor.

¿Es usted educacionista o médico? Ninguno más facultado que usted, para apreciar la trascendencia de este esfuerzo, y la necesidad de cooperar en él.

¿Es usted un comerciante? ¿Es usted un simple ciudadano? Pregúntese a sí mismo si le es posible permanecer indiferente ante la magnitud del desastre que representa para el país la pérdida anual de 43.800 vidas infantiles.

Quien quiera que usted sea, no niegue su ayuda por indiferencia o pesimismo.

Piense que cada niño que muere por causas que pudieran evitarse, es un reproche para la sociedad, que no supo guardarlo; y que siendo usted parte de esa sociedad, todo lo que a ésta afecta recae sobre usted también.

Haga un esfuerzo, por pequeño que sea, para evitar a su país la vergüenza de ofrecer al mundo una elevada cifra de mortalidad infantil.

Durante la Semana del Nene de 1917 recibieron atención médica mil quinientos niños menores de dos años, que durante un año han quedado, morales y materialmente, bajo los auspicios del Club de Madres y la generosa dirección de médicos especialistas.

Piense que el número de niños que se agregue a esos mil quinientos dependerá de los recursos con que la institución cuente.

El óbolo de usted, por pequeño que sea, bastará para que se acreciente ese número con un niño más.

Alístese desde hoy mismo en la campaña de la Semana del Nene para salvar la vida del octavo niño.

Una cuota mínima de 5 \$ basta para hacerlo adherente y vincular su nombre a una obra no de beneficencia, sino de educación, de ayuda social y de positivo civismo.

Mándenlos hoy mismo su boleta de adhesión.

La Semana del Nene se celebrará del 19 al 25 de noviembre actual con un programa que se dará a conocer oportunamente y que comprenderá: Una exposición de puericultura, el funcionamiento de consultorios gratuitos en distintos barrios, distribución de ropas, remedios y alimentos; premios en dinero a las madres de los niños mejor cuidados en el corriente año, distribución de volantes conteniendo consejos a las madres, conferencias, demostraciones prácticas y otros medios de propaganda y difusión.

¿Quiere usted saber positivamente lo que se hizo en la primera Semana del Nene?

Dentro de pocos días se distribuirá la Memoria profusamente ilustrada. Si no la recibiera, pídale y se la remitiremos franco de porte. Su lectura le dará mucha luz con respecto al problema de la mortalidad infantil y conocerá usted consiguió despertar en el público. Las adhesiones deben remitirse a la teta la suma de interés que el movimiento. Agüero 1524.

Para las dueñas de casa

Aprovechamiento del maíz en la alimentación

FRITOS

83. Fritadas de maíz.—1 docena espigas de maíz tierno, ½ litro de leche, 1 cucharadita de sal, 1 cucharadita de levadura, ½ cucharadita de pimienta, 3 huevos, 250 gramos de harina. Córtese hasta el centro cada hilera de granos en una docena de espigas de maíz y sepárese la pulpa con un cuchillo sin filo. Agréguese la leche, sal y pimienta. Sepárense los huevos, se baten las yemas y se agregan a la mezcla. Se cierra la harina con una cucharadita de levadura en polvo. Agréguese esto al maíz, mézclase bien y luego incorpórese las claras de huevos bien batidas. Echese por cucharadas en grasa caliente. Cuando ha tomado el color dorado de ambos lados, se levantan con una espumadera y se dejan escurrir sobre papel blanco y envíese sin pérdida de tiempo a la mesa. Sirvase con pollo Fricassé.

84. Frito de Hominy. (Maíz blanco).—Se mezcla 1 huevo, harina, leche y sal, con 1 litro de Hominy hervido. Se hace una pasta líquida y se deposita por cucharadas en una sartén que contenga grasa bien caliente. Cuando estén fritos se polvorean con azúcar.

85. Fritillas de papilla de maíz.—Póngase en una olla grande 600 gramos de leche; cuando esté caliente agréguesele ½ taza de harina de maíz granulada. Cocínese 10 minutos, revolviendo constantemente, después tápese y déjese cocer despacio durante media hora. Agréguese 1 cucharadita de sal y colóquese en moldes. Déjese enfriar y cuando esté fría córtese en rebanadas de ½ pulgada de grueso, báñense en huevo, se pasan en pan rallado y se frien en grasa caliente. Sirvase en seguida.

VARIOS

86. Croquetas de harina de maíz.—Se cuece, hasta hervir, ½ litro de leche, agregando 125 gramos de manteca, sal, 120 gramos de azúcar y 250 gramos de harina de maíz, mezclándolo mucho hasta que se despreque de las paredes de la marmitta, en cuyo momento debe sacarse del fuego. Se revuelve hasta que se enfría y entonces se le añaden 4 huevos batidos. Se forman las croquetas y se las pasa por pan rallado. Se frien en aceite o manteca muy caliente.

87. Maíz descascarado.—Colóquese el maíz descascarado en una cacerola con agua fría, hiérvase lentamente hasta que esté tierno, más o menos 4 horas. Retírese el agua con un colador, agréguese 125 gramos de manteca, 2 cucharadas de sal, ½ cucharadita de pimienta. Agítase hasta que esté bien caliente, quedando entonces pronto para servir; puede omitirse la manteca, agregándosele en su lugar 125 gramos de crema de leche.

88. Maíz hervido en su chala.—Arránquense algunas hojas de la chala exterior dejando las espigas con solo dos capas de tiernas hojas. Se abren con cuidado en la punta y se retira toda la barba. Téngase pronta una cacerola de agua hirviendo; colóquese el maíz y después que haya empezado la ebullición, déjese hervir durante 10 minutos. Se levantan después con una espumadera y se arreglan con cuidado en una fuente, sin retirarles la chala. La chala impide que el agua se lleve la parte dulce y puede ser retirada fácilmente en la mesa.

89. Maíz estofado.—1 docena de espigas, 2 cucharadas de manteca, ½ taza de leche caliente, 1 cucharadita de sal, ½ cucharadita de pimienta. Córtese cada hilera de granos por el centro y con un cuchillo ordinario sáquese la pulpa. Colóquese ésta en un caldero doble y cocínese durante 30 minutos continuos moviendo frecuentemente. Cuando esté pronto para servir agréguese la sal, manteca, leche y pimienta. Sirvase caliente.

90. Maíz estofado con tomates.—6 tomates grandes, 1 cucharada de manteca, 1 cucharadita de sal, 1 cucharada jugo de cebollas, 6 grandes espigas de choclo, ½ cucharadita de pimienta. Sautéchense y pélenese los tomates cortándose en mitades; se estrujan con el fin de sacarles las semillas, luego se cortan en pedazos, se colocan en una cacerola con el jugo de las cebollas, la sal y pimienta y se cocinan lentamente por 30 minutos. Se saca la chala a los choclos, se les hace un corte hasta el centro en cada hilera de granos, se aprieta extrayendo la pulpa y se agregan a los to-

mates; cocínese con cuidado otros 20 minutos, póngase la manteca y sírvase. Debe tenerse mucho cuidado después de agregar el maíz, pues se quema fácilmente.

91. Maíz pisado con aceite.—En un molinillo común se muele el maíz y se tamiza para separar las envolturas y filamentos. La harina obtenida se pone en agua hirviendo con un poco de sal y 1 diente de ajo picado, dando vuelta constantemente la mezcla hasta que se ponga espesa. En seguida se coloca al lado del fuego, de manera que reciba un calor suave, y cuidando que no se pegue en el fondo de la cacerola. Se frie en una sartén aparte un poco de aceite, y removiendo la masa se va echando lentamente para que penetre bien. Puede comerse sólo o con pan de Graham.

92. Mote.—Poner maíz entero a remojar en agua con ceniza o lejía, por 24 horas. Dándole después un ligero hervor para que se ablande; se quita el pellejo y se lava bien en varias aguas para hacer desaparecer la lejía. Hervir primero en agua sin sal para que no se endurezca, agregándole luego carne, chorizo, tocino, etc., y cocinar en fuego lento varias horas hasta que el maíz esté bien blando.

93. Noclos de harina de maíz.—Se baten levemente 60 gramos de manteca, se añaden 2 huevos, 2 cucharadas grandes de harina de maíz y un poco de sal; se remueve bien y se deja reposar hasta que la harina se hinche; después se toman fragmentos de ella con una cucharita y se hierven en agua un poco salada. La cucharita se sumerge en agua cada vez que se toma un noclo. En caso que la masa no sea bastante unida se puede añadir otro huevo y un poco de harina blanca.

94. Ostras de maíz.—Sáquese la pulpa de 1 docena de choclos. Agréguese 1 cucharadita de sal, media cucharadita de pimienta y 4 huevos bien batidos, sin separar las claras. Cúbrase el fondo de una asadera grande con grasa o aceite. Cuando esté bien caliente, échesele con cuidado a cucharadas la mezcla; colóquese en forma de ostras. Cuando han tomado un buen color dorado de un lado, désele vuelta al otro. Déjense escurrir en papel blanco y llévense en seguida a la mesa, sirviéndose con fiambres o salsa de tomates.

95. Puré de harina de maíz.—Se hace hervir en agua harina de maíz con un poco de sal y manteca dulce. Cuando ha cocido 20 minutos con una ebullición fuerte, se saca y se echa sobre pedacitos de pan, fritos de antemano con manteca o aceite.

96. Para tostar el maíz.—Sáquese toda la chala a los choclos dejándoles solamente la última capa, se abre ésta con cuidado y se retira la barba; luego se cierra de nuevo y se coloca entre cenizas calientes sobre una capa de 5 centímetros, cubierta con otra de 2 centímetros. Déjese entre la ceniza durante 15 minutos. Se retiran y se les pasa un cepillo para limpiar toda la ceniza y se sirven en seguida con sal y pimienta.

97. Para cocer el maíz seco.—Cúbrase el maíz con agua fresca y déjese remojar durante la noche; al día siguiente se cocina en la misma agua hasta que esté bien tierno, más o menos media hora. Sazónese con crema, sal y pimienta.

98. Pasta de maíz desecada.—Se escoga maíz de choclo bien fresco, se abre cada hilera de granos hasta el centro, se retira la pulpa con un cuchillo ordinario; extiéndase sobre madera, piedra o platos y séquese ya sea al sol o en horno templado. Cuando esté totalmente seco se guarda en jarrones o en latas y se coloca en lugar fresco y seco.

99. Tamales.—Se hacen con sémola o maíz molido, siendo preferible este último. Se hace hervir carne o pollo hasta que se pongan tiernos y se mezcla bien la sémola o harina de maíz con parte de la sopa hasta conseguir una pasta espesa. Sal, pimienta, y así al gusto. Se hace una salsa de aceite, cebolla, pimientos, sal, perejil; se le agrega la carne o pollo picado, pimienta, ají y vinagre y se deja cocinar hasta reducir. Para armar los tamales se toman dos chalas, se pone un poco de la pasta, luego el picadillo con ruedas de huevo duro y se ata. Se pone nuevamente pasta en dos chalas más y se ata, repitiendo esta operación cuatro o cinco veces. Se hace hervir en agua por dos horas. También se prepara el tamal mezclando la harina de maíz con zapallo, en una proporción de ¼ kilo de zapallo para 1 kilo de maíz. En esta forma resulta un plato muy exquisito.

100. Enchiladas mejicanas.—Se prepara la pasta usando harina de maíz. Se prepara un relleno con salsa de ajíes, cebollas, pasas, carne picada, huevo duro y queso rallado. Se frie en grasa bien caliente.

101. Chuchoes.—La chuchoes es el choclo tostado entre ceniza, guardado para el consumo de invierno. En forma de loco o cocinado en leche es muy agradable.

102. Timbales de polenta.—Haga una polenta con 1 kilo de harina de maíz; retire del fuego; mezcle 3 yemas y 2 huevos; unto los moldes con manteca; polvoree con migas de pan; ponga adentro del molde un poco de polenta y con los dedos vaya forrando los moldes con ella; deje enfriar bien y después moje cada molde en agua tibia; vuelque cada timbalito encima de la mesa. Cuando todos están así, róllene con un picadillo de aves cocidas. Moje en huevos batidos; pase por migas de pan y queso rallado; fría en abundante grasa bien caliente.

103. Yemas verdes de maíz.—Media docena de espigas de choclo, 1 ½ taza de harina, 2 huevos, ½ litro de leche, 1 cucharadita de polvo levadura. Córtense y reti-

rense los granos. Se baten las yemas de huevo; agréguese la leche, después el maíz, en seguida las claras bien batidas. Colóquense en 12 moldes y pónganse todos a un tiempo en horno bien caliente 30 minutos.

BOCADILLOS

104. Bocadillos de harina de maíz.—1 taza de harina de centeno, 1 taza de harina de maíz, 1 taza de Graham, 2 tazas de leche fría, 1 cucharadita de bicarbonato de soda, ¾ taza melaza o miel de caña. Después de mezclar los ingredientes se frien en manteca o grasa.

105. Bocadillos de choclo.—6 choclos, 2 huevos, 2 cucharadas de crema o manteca, 2 cucharadas de harina de maíz, sal y pimienta. Rallar los choclos y mezclar los ingredientes, añadiendo las claras de huevos bien batidas. Freir en manteca o grasa.

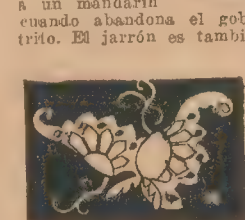
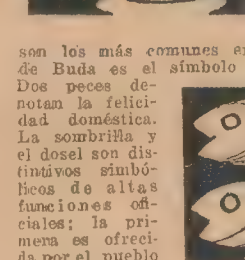
Los ornamentos chinos

Cada figura y cada color de un tapiz, un jarrón u otros objetos artísticos de China tiene un significado y en su mayor parte son símbolos antiquísimos. Probablemente el símbolo más conocido es el dragón, que dice ser visto surgir de las aguas de Honan por uno de los emperadores primitivos, y fué adoptado como emblema nacional. El dragón imperial es representado con cinco garras, e igual número tiene el que usan como insignia los príncipes de primera y segunda clase de la familia imperial. Las otras dos clases de príncipes llevan un dragón de cuatro garras; el resto del pueblo debe contentarse con tres garras.



El fénix era el emblema de la emperatriz. En algunas épocas se permitía a las novias que lo llevaran en el peinado.

Hay una serie de símbolos budistas que Obica. El nudo de Buda es el símbolo de la longevidad. Dos peces denotan la felicidad doméstica. La sombrilla y el dosel son distintivos simbólicos de altas funciones oficiales; la primera es ofrecida por el pueblo a un mandarina cuando abandona el gobierno de un distrito. El jarrón es también un objeto simbólico, pues un jarrón contuvo las cenizas de Buda y actualmente en los templos budistas jarrones de formas determinadas encierran las cenizas de los sacerdotes cuyos cadáveres han sufrido la cremación. La concha es el emblema de un viaje próspero. El lotus es la flor sagrada de los budistas y el tipo favorito de la potencia creadora. La figura de la cigüeña, entre los chinos, significa longevidad. La mariposa es el símbolo de la felicidad conyugal, y el león, de la autoridad, así como el caballo, de la nobleza. Parece un poco raro, sin embargo, que para representar a la felicidad los chinos hayan adoptado un animal tan poco simpático en nuestra opinión como el murciélago. Las flores son símbolos frecuentes en el decorado artístico de los chinos; la peonía, llamada reina de las flores, representa felicidad y prosperidad, y en lenguaje poético, se designa a los meses con nombres de flores.



res han sufrido la cremación. La concha es el emblema de un viaje próspero. El lotus es la flor sagrada de los budistas y el tipo favorito de la potencia creadora. La figura de la cigüeña, entre los chinos, significa longevidad. La mariposa es el símbolo de la felicidad conyugal, y el león, de la autoridad, así como el caballo, de la nobleza. Parece un poco raro, sin embargo, que para representar a la felicidad los chinos hayan adoptado un animal tan poco simpático en nuestra opinión como el murciélago. Las flores son símbolos frecuentes en el decorado artístico de los chinos; la peonía, llamada reina de las flores, representa felicidad y prosperidad, y en lenguaje poético, se designa a los meses con nombres de flores.





Notas femeninas

Hay un detalle en la moda que no conviene en absoluto descuidar, pues es uno de los principales factores de la elegancia y es el calzado. ¡Qué lujo veremos para este verano en nuestro calzado en general, mis queridas lectoras! Los cueros son escasos y de un precio que debería asustarnos, y lo lógico sería que deberíamos contentarnos, en verano sobre todo, con el cómodo y económico zapato de tela de hilo; pero, "que si quieres", pues pasa todo lo contrario: el antilope, el gamo y la cabritilla blanca hacen furor. Se ven en las grandes zapaterías de lujo, cantidades de zapatos de piel de gamo blanco, gris, beige y hasta, ¡asombrosas queridas mías!, en tonos rosa y azul pálido; pero estos dos colores que son preciosos para los sombreros, resultan del todo fuera de lugar, cuando señalan al común de los mortales las extremidades: no importa sean finas y delicadas. Así es que no las menciono nada más que a título de curiosidad y debo aconsejarlas de dejar estas novedades a las vidrieras de esas lujosas tiendas de calzado.

La piel de gamo blanco, es idealmente linda y flexible y se emplea lo mismo en la ciudad que en las playas. Para llevarlos, sobre todo en blanco, exige medias de seda, lujo ya muy popularizado actualmente.

La piel gris, más práctica, es un calzado de vestir que completa lindamente los "tailleurs" de gabardine, los tejidos de lana a cuadros, los trajes de jersey de lana o de seda. La piel en color amarillo se lleva aún más, pero es un tono de amarillo tirando a rojo, que viene a ser tan nuevo como encantador. Las medias de color igual se imponen; en hilo muy fino que de lejos tiene la transferencia de la seda o mejor todavía que la seda.

Las botas altas parece que se las deja un poco de un lado; sin embargo, hay muchísimas señoras y niñas que no tienen más remedio que usarlas en verano como en invierno, por tener el tobillo delicado, y si no las usan tuercen el pie, lo que es de un efecto desastroso.

Así que los zapatos de todas clases de hechuras, tienen un gran "succés". La forma Richelieu, verdaderamente clásica, se ve mucho y viene a ser el calzado de toda mujer seria, aunque sea muy elegante, pues desdén en todo y por todo lo que es fantasía. Sin embargo, hay que tener en cuenta que dentro de esta misma fantasía existen ideas lindísimas.

Las estrechas tiritas de cuero que se cruzan encima del empeine, para enroscarse en el tobillo, son nuevas y bien ideadas, sobre todo cuando son en charol, teniendo por transparente una blanca pierna. El estilo del zapato pulsera abotonado al costado exterior tiene muchas partidarias, sobre todo cuando se tiene una pierna fina y bien hecha. Como fantasía económica para campo y playas, el zapato "scotado" en piqué blanco, es encantador y más nuevo que el zapato de brin. Este último tiene tantas devotas que es difícil convencerlas que los de piqué son más de moda; además se ha llegado a perfeccionarlos en una forma tal que se confunden con los de piel, no importa sean en color blanco, gris o beige.

Dos palabras todavía, mis amables lectoras, sobre una novedad lindísima por cierto. ¡Habéis visto ya los nuevos sombreros de lana! Por mi parte no los apruebo mucho

para ser llevados en plena ciudad; en cambio los encuentro preciosos, vistos en una decoración campesina o a la orilla del mar. Hay varios modos de hacerlos y a mi parecer los que son más chics son los hechos con una gruesa cadeneta de lana "méche", que se teje de antemano y cosido después sobre una forma de tul, lo mismo que si fuera una paja de sombrero, comprada al metro. Se me figura que no ha de ser muy difícil hacerse uno de estos sombreros de moda, y con un poco de gusto puede hacerse en casa. La copa va adornada simplemente con una estrecha cinta, que recuerda un detalle de la toilette y que podéis, además, variar, según su humor del día.

Otra manera de hacer este sombrerito, que quizás os guste más que la anterior, consiste en que la lana "méche", en vez de ser trenzada, va simplemente enroscada alrededor de la forma y sostenida por medio de puntadas, bien sean en seda o de lana muy fina, espaciadas como de un centímetro entre puntada y puntada.

Los modelos que os propongo hoy en la presente página son para esta estación, y además no tengo por qué ponderarlos, pues vosotras mismas los podréis juzgar. El primero es una combinación de voile y taffetas para el cuerpo, cinturón en color azul "bleu" y blanco para la falda. La toilette segunda, es también en voile blanco, bordado con perlas azul "faïence", con un cinturón "gilet" en el mismo tono azul y cintas de terciopelo negro. Para niñas son los modelos tercero y cuarto, siendo el uno en jersey de lana bleu lino, adornado con jersey blanco y el otro en crêpe de algodón, color beige gamuza, bordado con lana verde, cuello en fino piqué blanco.

El modelo quinto, es un abrigo-estola en diérsador blanco, viniendo a ser una ancha "echarpe" al hilo derecho, cuya orilla forma un erlo-chal. Una caída de la estola, fijada atrás en el bajo de la echarpe, se reúne a los costados por medio de "brandebourgs" también blancos. Este cómodo abrigo se coloca sobre un traje de hilo o de voile blanco.

A. DE DAUMONT.

Limpieza de los espejos. — Da excelentes resultados en la limpieza de las lunas de los espejos, el empleo de una pasta bastante fluida, formada por cloruro de calcio disuelto en bencina purificada; se aplica esta substancia a las lunas y se frota luego hasta que queden completamente limpias y brillantes.

En cuanto a los cristales, pueden limpiarse perfectamente empleando directamente el jabón sobre ellos. Un paño humedecido en alcohol con amoníaco los dejará limpios.



LOS DUELOS DEL ARRABAL

LA NENITA MUERTA

(Del libro inédito "Páginas del Plata")

Esta página es para Dorita. La nenita más linda nacida en estas horas trágicas de la guerra. Esta página es para ella. Porque desaparece en el tercer año de la guerra, cuando bajaba de la cuna, a la manera de un iris naciente, que no se atreviera a irradiar entre tanta tempestad del mundo. Para Dorita, esta página, como respondiendo por ella a la mamita que tantas veces la ha llamado, sumiendo el barrio en un duelo inmenso. Para ella esta página, como si fueran lágrimas de la abuelita.

La nietita le hubiera dicho un día, acaso, a la santificada y blanca abuelita:

De la tierra obscurcida por el humo de los cañones, los angelitos bajan a la tumba, como el iris desvanecido en la propia tempestad del mundo.

Para ella esta página y para Katina, una muchacha griega, con la que refil respetuosamente, porque intervino de mi parte una vieja adoración a Grecia. Para la muchacha griega, también esta página. Porque la refil en un barrio de blusa. Mi barrio amigo por el canario y el clavel de su ventana.

Bernal.

Diríase que el barrio tiene hoy en la misma mamita pobre, una huerfana inconsolable.

Porque ella parece decirle a él, su hermano de dolor en la Cosmópolis:

"He perdido a mi nenita en esta mañana azul de primavera. Tú la has visto pasar hacia el cementerio. Llevaba flores blancas, flores celestes, las de mis lágrimas; las que sólo florecen en mi huerto para ser ofrendadas en la muerte. Flores celestes. Las más divinas para ser colocadas en las sienes de las muñequitas inocentes que mueren. Tú la has visto pasar hacia el cementerio. En las puertas de sus casas oraban todos los niños pobres."

A la vera de la cunita vacía, añoran los cantares y las manos filiales que adormieron a la nenita, como recordando a la casita, que ella se ha ido para siempre.

La antigua costurera y antigua novia del barrio pobre, pasa como enloquecida, diciéndole a todo el mundo: "¡He perdido a mi nenita!"

—Dichosa de usted, vecina, que le vive la suya. Dicen que cuando nues-

tras criaturitas nacen sonrientes y lindas, son muñequitas que se las lleva Dios.

Y la cunita vacía, desde la casa llena de penumbra doliente, diríase que más la enloquece a la inconsolable madre, que corre por las calles desesperada.

—Consuélese, señora.

Parece decirle el barrio, acongojalo.

—Consuélese, señora. Cuando bajaban del féretro a su nenita, nueve angelitos descendían de nueve carrozas blancas. Y el sepulturero, conmovido, como desplegándolas en una misma línea, hizo con ellas la ofrenda más hermosa a la madre tierra.

—Consuélese, señora. Hasta el sepulturero adivinaba que la vuestra era la nenita más linda, nacida en estas horas trágicas de la guerra.

La más linda, acaso, porque a la abuelita la mató el dolor de la guerra.

—Consuélese, vecina.

Le dice el barrio, acongojado, mientras a la vera de la cunita añoran los cantares de la madre, como arrullos de torcecita abatiendo de dolor la selva.

¡Oh, cuando sepa la noticia Katina, ausente en Nueva York, una muchacha griega, que le regaló su propio vestido de novia.

El vestidito que hacía decir a la buena vecina:

—¡Qué monada Dorita!

Oh, cuando sepa la noticia Katina, carita morocha de napolitana y por eso mismo acordeonista inolvidable de toda buena vecindad.

Oh, cuando ella sepa, ausente en Nueva York, este duelo conmovedor de un barrio de Buenos Aires.

Katina ha de enlutar su propio acordeón cosmopolita.

Ha de ensayar en él una misa de réquiem, para Dorita, a quien adormecía con una típica canción napolitana.

Y así vuestra nenita, señora, será llorada hasta en la ciudad de Walt Whitman.

Consuélese, señora. La cuna de vuestra nenita muerta, no está sola. Diríase que se ha llenado de torcecitas dolientes, que van a llorarle para que resplandezca su imagen en la eternidad.

Katina ha de cantarle una misa de réquiem.

Katina, aquella muchacha griega, que aquí en el Plata tenía a raya al feminismo disolvente de los conventillos, civilizaba.

Porque Katina es de la raza que ha aureolado de eternidad a Atenas.

¡Cuando ella sepa la noticia!

Sólo el blanco cortejo fúnebre de los niños, arranca oraciones enternecedoras a la vera del camino del cementerio.

—¡Mamita, mamita, ahí pasa un angelito!

Y las puertas y las calles se llenan de gente.

Consuélese, señora. El sepulturero ha enterrado a la nenita más linda nacida en estas horas trágicas de la guerra.

La más linda, acaso, porque a la abuelita la mató el dolor de la guerra.

—¡Mamita, mamita, ahí pasa un angelito!

—¡Apúrese, mamita, que pasará la carroza blanca!

MELANCOLÍA

El invierno había llegado nublado y melancólico, y el otoño, al marcharse, arrastraba junto con sus últimas claridades ya debilitadas, las últimas flores que esmaltaban los prados.

La noche, seguida de un crepusculo sin colores, era una noche muda y tétrica: sin estrellas y sin amores. Tal una sombra diluyéndose por el firmamento, semiblanca, semioscura. Las brisas no soplaban arrematizando el ambiente, ni los pájaros dejaban oír sus cantos en la arboleda; parecía que toda la naturaleza estuviera supe-

ditada a una impresión de terror. La hojarasca sin arrullos, esperaba la muerte ante las heladas que se acercaban. No brillaban cuquyes en el césped, ni se escuchan esas misteriosas armonías de la noche; el cordón de focos eléctricos en la amplia avenida, parece brillar entre una neblina tenue, dando una impresión fantástica y la luna no aparece sobre el mundo la blanca eucaristía de sus claridades, no obstante estar en cuarto creciente, pues toda su faz una mantilla espesa que amortigua sus blancos fulgores.

Parece que flotarían rumores dolientes por todas partes: quizás almas en pena que sufren o el ay de los amantes que vieron marchitarse sus ilusiones ante la primera racha hiberna, aunque no es posible definir la naturaleza de la queja.

Sólo entre los árboles de la gran quinta, baila en la oscuridad el tenue fulgor de una luz mortecina. Es la luz del castaño... Allí, dentro, una pareja de enamorados, escuchó con espanto, esta sinfonía del invierno que se acerca, y que deja en sus espíritus supersticiosos no sé qué vago temor, no sé qué siniestro presentimiento.

Están en una alcoba semicircular, con cortinados y portier. El rojo de la alfombra resalta, como riéndose del blanco lecho que está en un costado, como el ara del amor. Adorna la alcoba, un ligero mobiliario tapizado de granate: sofá estilo Luis XV y dos poltronas. En el centro una mesa y sobre ella una Venus triunfante en su impudica desnudez, con sus brazos rotos. En la pared, decorado con un papel dorado, dos cuadros que representan a Cleopatra y a Diana. En la parte contraria, un grabado del Senado Romano y en la otra otros de Romeo y Julieta. Una confusión informe de arte.

Ambos están sentados al borde del lecho: son jóvenes aún, ardientes y llenos de ilusiones: ella graciosa y leve, esconde su hermosa cabeza sobre el hombro del mancebo, y éste devorado con sus ojos el expresivo contorno de aquellas formas, le repite dulce y lentamente:

—No flores más...

Ella, anhelante, sigue sollozando con la cubellera de sombras en desorden, palpitando al nivel cuello, donde una cruz simple y expresiva, cuelga hasta tocar los senos erectos.

—No flores más, volvía a repetirle él, con una solicitud casi paternal.

De pronto rompió el silencio del bosque la bocina estridente de un automóvil. Después la mudez volvió a reinar en el ambiente. La hora de la separación se acercaba. Por eso ante ese anuncio, el seno de la joven volvió a palpitante de nuevo, y las lágrimas cayeron interminables de sus ojos.

Todo lo envolvían las sombras de la pesada noche, y lejos, en los confines del cielo oscuro, surgieron unos relámpagos tenues y nerviosos. Las primeras



gotas de la tormenta, no tardaron en caer. El tiempo se presentó tético y desolado.

Casi imperceptible corrió por el ambiente el primer trueno; después, vibró uno más fuerte, y otro más y todavía otro. Rugiendo del sur la tormenta se desencadenó. Entonces, el cielo se incendia en fulgores siniestros.

—No flores más—seguida el repitiendo.

Las hojas agitadas por el viento, comenzaron a murmurar sus preces y muchas de ellas fueron arrebatadas hacia lo desconocido. La noche se tornó tétrica y murmurante: por doquiera se oían ruidos misteriosos... Los árboles parecían despedirse con lamentos doloridos de las frondas que los abandonaban, y las ramas escueltas se movían inquietas, como gesticulando en el vacío.

El otoño se iba y llegaba el invierno con sus frios implacables.

Como las hojas que parten, como la estación melancólica y otoñal, Elisa iba a partir también, dejando abandonado al amante. Por eso, en el interior de aquella alcoba, en aquella amalgama de arte, la tormenta también se agitaba en aquellos corazones con la misma furia que vibra allá afuera. Cuadros, alfombras, cortinados, todo el ambiente, murmuraron la oración del amor que se va, con el otoño que muere. En un coro que vibraba doliente en aquellos corazones, en donde se infiltraba el primer desengaño para deshojar sus ilusiones, así como los primeros frios devastan los prados y los jardines en flor. La naturaleza y el alma se confunden: una, sin hojas y sin flores; otra, sin alegrías.

Continúa brillando medio amortecida la luz del castaño. El auto que regresa, vuelve a dejar oír la bocina que se confunde con el bramido de la tormenta. En él va Elisa, cuyo llanto lo han reemplazado las lágrimas del cielo que caen sobre el túmulo de la naturaleza muerta.

Las hojas sueltas, ruedan tontas y heridas por el suelo. Por la estrada agreste, el vehículo sigue como un esquife de muerte...

—Adiós otoño, adiós dulce estación; llora el rosal y el arbolado desnudo. Lloran también. Por todos partes se infiltra una melancolía fatídica. Naturaleza está sin galas, la luna sin luz y quizá sin luz aparezca el sol, velado por las nieblas.

El invierno había triunfado. Y por todo el prado, ya envuelto en el sudario de la nieve, un eco repetía como una doliente queja, aquella: "No flores más" de consuelo y despedida!

A. MULLER DOS REIS.



—Si esa loción es tan buena, como dice, para hacer crecer el cabello, ¿por qué no la usa usted mismo?

—¡Ah!, es que yo deseo demostrar lo feo que es ser calvo.



ARTISTAS DE CINEMATÓGRAFO



Margarita Marsh.



Shirley Mason.



May Allison.



Lottie Briscoe.

